



Te

quiera

a ti

Serie Victoriana

Elizabeth King

Elizabeth
King
Te quiero a ti

Título: Te quiero a ti

1º edición

©2019, Elizabeth King

Safe creative: 1901199682468

Diseño de portada: Elizabeth King

Imagen de portada: Pixabay.com

Reservados todos los derechos. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada o transmitida por ningún medio sin permiso de la autora.

Dedicatoria

A tí, lector, que tienes este libro entre tus manos entre todos los existentes.

Gracias por darle a esta historia ficticia una oportunidad.

¡Va por tí!

1

La mirada de Carolina se perdía en la inmensidad del parque, donde la luz de la mañana parecía querer jugar con el verdor de la hierba y las sombras de las copas de los árboles. Algunos niños pequeños corrían por allí sin vigilancia, otros iban tan bien arreglados que incluso le daban pena. También veía parejas que parecían felices, otras que se mostraban serias, caballos que tiraban de coches tan lujosos como si de la Familia Real fuera...

Carolina sabía muy bien esa mañana de viernes que esa podía ser su última salida libre, por lo tanto, estaba dispuesta a cabalgar con su fiel corcel Excalibur hasta que la hora la obligara a volver.

Había cumplido los 21 años y eso significaba buscar un marido, casarse, tener hijos tal como querían sus padres. No era ni mucho menos lo que quería para sí misma, pero lo que ella quería no le importaba a nadie, su deber era simplemente permanecer sumisa.

A su amiga Mary le resultó sencillo, desde pequeña había hecho lo que otros le ordenaban sin el menor gesto de desagrado, era como si hubiera nacido sin voluntad. A todo lo decía que sí y nunca dijo no aunque le pidieran algo que le resultara desagradable. Se ganó la simpatía de todos desde el primer momento; todo lo contrario a ella.

No tuvo en su infancia un día en el que no le reprocharan su actitud y en su adolescencia la amenazaron con casarla con Lord Robert Jones, el hijo del embajador de un país que nunca se le quedó grabado a Carolina. Por suerte para ella, el embajador tuvo que regresar a su país y con él se llevó a su hijo.

De lo contrario, se encontraría casada con él y con un montón de niños. Parecía que Lord Jones ya había contraído matrimonio y con solo cinco años de casado ya tenía 6 hijos.

Pero ella no tenía ese problema, el que ella tenía era un baile donde debía buscar un prometido al cual no quería y un futuro que no era suyo, o al menos, no lo quería como suyo.

Aunque no le quedaba mucho para ello, el tiempo transcurría mientras el caballo continuaba tranquilo por el parque y el viento contribuía a una danza majestuosa, donde la sombra de las ramas de los árboles creaban figuras imposibles en el suelo. Figuras que Carolina sentía que se movían por voluntad propia.

Quedó un rato a la espera de saber la nuevas formas de las hojas en el suelo.

—Quien mira el suelo de esa forma ha de tener la cabeza llena de pájaros —dijo una voz femenina desde su espalda, en un tono tranquilo pero algo burlón.

Carolina no se dio cuenta de que nadie se le acercara, al oír la voz se sobresaltó, su corazón comenzó a palpar tan fuerte que creyó se le saldría del pecho, mas en cuanto descubrió quien era, dejó escapar un profundo suspiro de alivio y intentó aplacar su miedo.

—¿Te he asustado? —preguntó la voz femenina con una breve risa como acompañante.

Carolina quiso responder, pero ni la voz la obedecía ni la respiración se lo permitía. Se limitó a asentir con la cabeza y sonreír a quien le había

hablado: Mary.

—Eres muy cobarde —dijo la amiga colocando su caballo a la misma altura que el de Carolina—. ¿Estás lista para esta noche?

—No me queda más remedio —respondió intentando no maldecir sus propias palabras y el haber nacido mujer. Por suerte para ella el caballo no se movió cuando sujetó con fuerza las riendas.

—Verás lo bien que te lo pasas. Yo disfruté mucho en la noche que ya tocaba buscar marido, más incluso que en mi presentación en sociedad. Confía en mí, te pasará lo mismo —contó ilusionada con la mirada en el anillo que cual oro relucía en su mano—. Verás a los hombres de otra manera y les juzgarás con otros ojos. Ya no serán el feo, el tartamudo, el pobre, el rico, el alto... Serán el idóneo, el prohibido, el novato... Te ayudaré no temas.

Carolina la escuchó sin prestar demasiada atención a las palabras que pronunciaba. Al fin y al cabo, eran palabras de una mujer cuyo camino marcado desde el nacimiento siempre le fue grato, únicamente le deseaba que la venda de los ojos nunca cayera.

—No temo Mary —dijo resignada mirado a la joven amiga, cuyo matrimonio era todo un ejemplo de resistencia y de resignación, pues lo que ocurría entre hombre y mujer lo sabía ella perfectamente.

La amiga sonrió. Dejó escapar un profundo suspiro y apartó la mirada de ella para fijarla en su caballo. En su fuero interno, la joven echaba de menos el tiempo en el que las dos iban por libre, disfrutando de los bailes, de las meriendas, de las veladas, en el Teatro... Pero era solo un recuerdo, algo que complicaría la situación, puesto que para Mary no podía volver, y para Carolina, con 21 años se acababan.

Ella decía que no temía, pero en realidad lo que no quería era perder esa vida que tenía, no deseaba casarse obligada, su vida parecería una maldita sucesión de acontecimientos que no le dejarían ni respirar. Era testigo con

Mary de lo que significaba un matrimonio, aunque el que más al impactó fue el de su madre.

Era una mujer sencilla, humilde, sin demasiada suerte en nada y no muy agraciada físicamente, pero era una buena mujer que pedía permiso a su marido incluso para comprarse un vestido, para comprarse unos zapatos y para salir a pasear, pero más que él le negara cualquier petición al respecto.

—Tu ya estás casada, pasó tu tiempo. Es la hora de Carolina, deja que el dinero se gaste en ella.

El dinero. Siempre el dinero y la boda. Dos cosas malditas que no tenían sentido para nada, que eran una maldición.

—Dime ¿qué vas a ponerte? —preguntó Mary— Tienes la piel clara y eres rubia, creo que mientras más llamativo más guapa te verás. ¿Y qué vas a hacerte en el pelo?

Carolina ignoró ambas preguntas. Se limitó a dar al orden a su caballo para que prosiguiera el camino. Supuso que Mary tal vez se quedaría atrás, pero no lo hizo, se dedicó a seguirla en silencio, expectante a conocer que sucedía por la cabeza de su amiga a la cual esperaba poder ayudar de algún modo fuera como fuera.

Para ella fue evidente, pero no había nada más complejo que explicar un mundo abierto a una mente cerrada, por lo que Carolina, lamentado mucho su decisión, tomó la ruta de vuelta pero con el lago Serpentine a un lado, pues disfrutaba con sus aguas tranquilas, la hacían sentir libre.

—Veo que no te apetece hablar —Mary se resignó al silencio de su amiga, consciente de que las palabras no iban a ser útiles, si quería que hablara o que hiciera algo iba a tener que ser más lista y menos agobiante—. ¿Vendrías conmigo?

Carolina se limitó a encogerse de hombros resignada a seguirla, al fin y al cabo, ya había desayunado y en su casa no la esperaba nadie que no tuviera

la misión de prepararla para la noche.

—Anímate, casarse no es el fin del mundo, puede que incluso tengas suerte y tu marido se desviva por ti —habló con la mirada fija en aquella amiga cuya belleza desde el primer día, llamó la atención de todos los hombres, incluso de su propio marido—. Ven, vamos a la tienda, mi madre me ha comprado algunas cosas, aún cree que soy su niña.

Carolina se resignó tranquila. La ropa nueva era un modo de tenerla ocupada mientras su marido se dedicaba a pasar el rato con sus amigos en el Club. Si trabajaba o no a Mary no le importaba, estaba casada y cuando quedara embarazada acabaría por hacer todo lo que de ella se esperaba.

Aunque ella ardía en deseos de viajara, de conocer América, Francia e incluso África. Había oído que viajaban a África para conseguir esclavos. Le daban pena, no los esclavos, le daban pena quienes necesitaban de esclavos para tener sirvientes.

—¿Piensas en el baile? —preguntó Mary— Te ha comido la lengua una rata, seguro.

—Se dice: te ha comido la lengua el gato —respondió mirando las crines negras de su corcel, negro desde el hocico hasta la cola. Era pura noche cerrada—. Y no, no me la ha comido nadie, es solo que no veo necesidad de hablar cuando lo que yo tengo que decir, le impropia más a mi caballo que al ser humano que tenga al lado.

—Siempre igual —susurró para sí Mary—. ¡Qué lástima de tu marido!

2

Aquella conversación entre Carolina y Mary fue escuchada por un joven que no pudo evitar que la sonrisa se dibujara en su rostro, pues él estaba cansado de esas damas que se le acercaban en los bailes tan sumisas, silenciosas y con esa sonrisa que más estaba pegada en sus labios que sentidas en el corazón.

Desde luego no quería a una mujer de esas que no podías ni hablarle sin que te apuñalara con la mirada, pero tampoco una que si tenía delante una rosa roja dijera que era un clavel blanco solo por dar la razón a otra persona... El punto intermedio ya era otra cosa.

Una mujer con las ideas claras y respetuosa con los demás era algo de lo más interesante, aunque desconoció si alguna vez una mujer de esas características podría estar a su alcance, hasta ese mismo día.

Aquella joven de rubios cabellos, con los ojos azules, unos pechos jugosos y una cintura casi imposible, parecía que podría ser esa dama, pero el

problema era que ella se encontraba tan a la defensiva que llegar sería casi tan difícil como ver en la noche una flor determinada, sin luz alguna que la mostrara.

—Esa dama que observas está casada, mi buen amigo James Hunter —anunció con una sonrisa sincera, casi infantil, John Miller. Su amigo de toda la vida, hijo de un respetado miembro del Parlamento—. La quise cortejar, pero anunció su compromiso.

James escuchó con tristeza aquella noticia. Era una mujer tan... La pareció imposible que ya estuviera casada, aunque eso explicaría muchas cosas, entre ellas que no se sintiera querida o atendida, mas le daba la sensación de que era muy joven para ello, pero si tenía miedo o lo pasaba mal, él se sentía capaz de resistir lo que fuera y de escucharla.

—¿Vas esta noche al baile? —preguntó James con la intención de tener una excusa para ir, de ese modo podría acercarse a ella, ser su amigo.

No sería la primera mujer que tenía un amante, aunque tampoco era necesario llegar tan lejos, con una amistad le bastaría. Él no pedía más, de hecho, no pedía nada a excepción de tener permiso para estar con ella, nunca la había visto antes, pero se negaba a que aquella fuera la última y como parecía que iría al baile, era una auténtica pena dejar pasar la oportunidad.

—Sí, claro. Debo encontrar una mujer, no puedo estar siempre de dama en dama sin elegir esposa —respondió el otro sin apartar la vista de la joven a la cual entregó su corazón sin que nadie lo supiera, ni ella misma lo sabía, pero casada como estaba poco podía hacer a excepción de esperar e intentar que ella se fijara en él, aunque como James parecía que ya había puesto los ojos en ella...

—Pues tu no disfrutas de una vida demasiado solitaria en cuanto a mujeres se trata ¿no? —preguntó él intrigado por el trato de su amiga a las mujeres, aunque no había oído de ninguna mujer que hablara mal de John—

Venga, sé sincero.

—¿Para qué preguntas algo que ya sabes? —interrogó John curioso, queriendo saber hacia donde se dirigía James con sus averiguaciones que comenzaban pero nunca terminaban.

James dejó caer un profundo suspiro antes de encogerse de hombros como única respuesta, mientras dejaban atrás el parque y se dirigían a Mayfair, en cuyo barrio vivían muy cerca uno del otro.

El día invitaba a continuar, pero aún tenían que ver si iban a ir juntos, pero separado o acompañados por algún familiar, era necesario regresar.

Mas en cuanto llegaron a la vivienda de James, éste, sintió un escalofrío que le bajó por la espalda haciendo que temblara y se sujetara fuerte en su montura, un corcel marrón cuyo nombre era Invierno.

—¿Estás bien? —preguntó John colocando sin dudarle su mano en el hombro del amigo, temiendo que le sucediera algo.

—No, no lo estoy —respondió desmontando al tiempo que el mayordomo salía de la casa completamente vestido de negro, incluso la camisa lo era— ¿Qué ha pasado?

—Su madre lord Hunter se ha suicidado después de dar muerte a su padre —contó serio, firme, con las manos juntas mirándole fijamente—. Lo lamento, el médico ya se ha ocupado de todo y el sacerdote llegará enseguida.

James abrazó su caballo. No lloró ni tenía ganas de ello, lo único que le sucedía era que le robaron una parte de sí mismo y le golpearon en la cabeza impidiendo que sintiera o expresara algo. Ni se movió cuando John le colocó las manos en los brazos para que entrara en la vivienda.

Él así lo hizo, se dejó guiar, quedó mirando cuando varias personas le hablaron explicando algo que él no comprendía. Preguntaban, pero seguía sin oír lo que decían. Incluso le tocaban, mas ni eso notaba.

—Creo que el doctor debería de verle ¿no? —preguntó John quien

quedó a su lado sin separarse ni un milímetro— El impacto ha sido mucho.

—Lo comprendo. ¿Han estado todo el tiempo juntos? Verá no es sospechoso ni mucho menos, pero pregunto para dejar constancia en el informe y no molestarle —explicó el Inspector de policía.

—Sí, lo comprendo —dijo John tomando la manta que un policía le entregó para abrigar a James—, no se preocupe. Hemos estado todo el tiempo juntos. Salimos en dirección a Hyde Park y luego vimos a lady Smith y lady Jones que cabalgaban por allí. Ellas nos vieron y me conocen, pero no sé si lo conocen a él, como lleva poco aquí...

—¿No es de aquí? —preguntó uno de los policías mientras John colocaba la manta sobre James.

—Sí, lo es, pero ha estado en la guerra y llegó hace tres meses herido, ha perdido la audición del oír derecho —respondió John.

—Comprendo. Nosotros le dejamos descansar, puede ir a su habitación.

John acompañó a James hasta la habitación donde le ayudó a acostarse arropándolo con las mantas y colchas sin quitarle la ropa. Permaneció en silencio, dando vueltas por la sala preguntándose como iba a lidiar con una situación semejante, pues al fin y al cabo la impresión pasaría y las preguntas no tendrías un final sino se les daba una respuesta.

Pero lo peor era que él no tenían ninguna respuesta que dar, y eso de que las cosas tenían que suceder y Dios pone pruebas, a él no le iba ayudar, pues que una mujer diera muerte a su marido y luego se suicidara, no iba a ser ningún tipo de explicación, máxime después de lo ocurrido en el frente, donde los supervivientes de su pelotón se contaban con los dedos de una mano, pero él no vería más a esos supervivientes, ninguno regresó al Reino Unido, unos marcharon a América y otros a Francia, únicamente él volvió a pisar suelo inglés.

Y eso eran más preguntas que pedían una respuesta.

Sin embargo, las dudas le impedían pensar con claridad y quedó a su lado intentando saber que diría su padre, él quizás podría echar una mano, pero no podía llamarle, a esa hora estaría en el Club... se le ocurrió que quizás algún criado sí podría, de modo que aprovechando que estaba dormido, salió de la habitación.

En cuanto lo hizo, un agente pasó delante de la puerta:

—Perdone, ¿habría algún problema en enviar a alguien al Club Ateneo donde se encuentra mi padre para pedirle que venga? —preguntó en voz baja para que se amigo prosiguiera con su descanso.

—Enseguida se lo comunico al Inspector y envía a alguien. Un momento —respondió el policía poniéndose en marcha de inmediato, dispuesto a que todo se llevase a cabo lo más rápido posible.

John regresó entonces a la habitación y allí, quedó a la espera de su padre al tiempo que decía adiós al baile y a la oportunidad de ser amigo de lady Jones, cuyos cabellos negros y ojos color menta le dejaron extasiado desde el primer día en el cual la observó, pero cuando encontró valor para hablarle, ya era tarde.

Aunque ese día, lo primero era ayudar a James, los asuntos del corazón no tenían tanta importancia como apenas unas horas antes parecían tener.

Dejó escapar un profundo suspiro y se sentó en el sillón cerca de la cama, donde James parecía haber encontrado el secreto para un sueño profundo, del cual nadie daba la impresión de poder sacarle.

3

La noticia de la muerte de los Hunter fue como un latigazo en la espina dorsal de la ciudad de Londres. El baile se realizó, pero las conversaciones de los grupos que en la vivienda de lord Thompson se reunieron con motivo del baile, no tenía risas en armoniosa conversación, ni historias agradables o noticias de cuentos de hadas. Tampoco había hombres fijándose en los pechos que con bastante dificultad se mantenían dentro de los vestidos, ni damas que mostrasen sus encantos con la intención de encontrar al mejor de los maridos, ni jóvenes anunciando buenas nuevas.

De hecho, incluso la música que la banda tocaba sonaba triste, pese a ser una marcha o un vals.

Los grupos conversaban sobre la muerte, sobre el futuro de James y también sobre su problema de audición, conscientes de que ni el joven Hunter ni su amigo de toda la vida se encontraban en la vivienda.

Los Hunter eran conocidos por todos, aunque muchos llevaban años sin ver al joven, y no conseguían recordar su rostro.

—No consigo traer a mi mente el rostro de lord Hunter —dijo Carolina sentada en el salón de baile junto a Mary mientras veía a sus padres bailar sin darse cuenta de que era observada con sumo interés por la anfitriona, lady

Stephanie Thompson.

—Lo hemos visto esta mañana cuando volvíamos del parque, era el rubio, el que no tenía bigote. El otro era su amigo John —informó Mary con tristeza—. Creo que enviaré una carta de condolencia mañana y cuando sea el entierro iremos, pero mucho que uno sea enterrado en camposanto y la otra no.

—Qué lástima, ¿no?

—¿De qué? De lord Hunter o de sus padres.

—Mary, de todo.

Las dos amigas quedaron allí sentadas en las sillas, junto a un ventanal cerrado por causa de la lluvia que caía con fuerza, en compañía del viento que amenazaba con llevarse las ramas más endebles de los árboles del jardín.

En otras circunstancias las dos se dedicarían a observar las gotas de lluvia, pero no tenían ganas de ello. Ni siquiera deseaban estar allí, al contrario que sus padres, quienes parecían que sí se lo pasaban bien. De hecho, parecían ser de los pocos que se divertían.

—Con esto no te he pregunta, ¿dónde está tu marido? Siempre me he preguntado el por qué sigues usando el apellido de tu padre —preguntó intrigada Carolina algo avergonzada por su descuido.

—Mi marido no quiso que me lo cambiara, dijo que prefería que eso siguiera así. En el Registro si consto como lady Black, pero para todos sigo siendo lady Jones. Él partió hacia Kent esta misma tarde —respondió con orgullo la joven alzando la cabeza y guiñando el ojo izquierdo a Carolina, la cual sonrió feliz al oír la noticia, pues sabía era lo mejor que a Mary le podía pasar en ese momento—. Al parecer hay algunos problemas en la finca, y como él es el tesorero... Yo le pregunté por si podía venir. No estaba muy por la labor, pero como mis padres también venían me dio permiso. Vendrá creo que en una semana si todo marcha bien.

—Pues entre nosotros —dijo Carolina en voz baja para no ser oída nada

más que por su amiga—, me alegro por ti.

—Lo sé Carolina, lo sé.

Las mejillas de las dos jóvenes se ruborizaron un poco durante un instante, mientras los demás bailaban. Ellas no se atrevían, pues una no tenía ganas y la otra había pedido permiso a su marido para acudir, pero no para bailar.

—Deberías bailar un poco Carolina, lo digo por tus padres, no sea que se molesten —dijo Mary ya seria, al ver que los Smith observaban a su hija y susurraban.

—Que remedio... hoy no me apetece oír demasiadas tonterías sobre el matrimonio... ¿no podemos hacer otra cosa?

—Te comprendo. Vamos a dar una vuelta —dijo Mary poniéndose en pie mientras un apuesto joven se acercaba a ambas—. ¿Has visto la Biblioteca de esta casa? Es enorme y tiene unos cuadros maravillosos de pintores que hoy arruinarían a mi padres si quisiera hacerse con uno.

—¿Podemos ir?

—Pues claro, ¿no leíste la invitación? Ponía que toda la planta estaba abierta a los invitados, incluida la Biblioteca y la Galería de Arte —comentó Mary haciendo una señal al joven para que no se les acercara, aunque esa señal no fue visible por los Smith.

—No, no la leí, lo hizo mi padre y no entró en detalles que no fueran lugar, fecha y hora —explicó Carolina caminando hacia al Galería.

—Perdonadme miladys —dijo el joven seguro de que le escucharían en cuanto supieran lo que iban a decir—, pero me gustaría hablaros sobre lord James Hunter.

Las dos amigas detuvieron sus pasos en la puerta del salón de baile para escuchar lo que aquel joven tenía que decirles.

—Con lo que ha pasado es normal que se sienta mal, he pensado en

escribir una carta y que mucha gente la firme. Por ahora doce han aceptado, creo que sería un modo de conseguir que sienta a todos cerca sin que nos dediquemos a ir sin control —contó con la mirada perdida, triste, peleando contra sí mismo para no romper a llorar con descontrol delante de al menos 50 personas.

—Me gusta la idea. ¿Tú que opinas, Carolina? —preguntó Mary pensativa— De ese modo le podemos dar nuestro apoyo.

—Me gusta —respondió con una leve sonrisa Carolina mientras pensaba—. ¿Sabe cuándo es el funeral?

—El del padre es en el Cementerio Highgate mañana por la mañana. El de la madre es por la tarde en tierra no consagrada —respondió—.

—Intentaré ir —dijo Carolina—. ¿Sería descortés si vos me decís vuestro nombre?

—No es descortés milady, lamento no haberme presentado —respondió entristecido mirando al suelo—. Mi nombres es Alberto Hunter, soy el primo de James, regresaré pronto a mi casa, pero aún estaré unos días más debido a esta tragedia y quisiera aprovechar para ayudarle.

—Vaya... Lamento vuestra pérdida —dijo con suma rapidez Carolina avergonzada por hablar sin tener en consideración a aquel joven—. Desconocía vuestro linaje, debéis de pensar...

—Milady, no pienso nada, vos no sabíais quien era yo, es comprensible que no supierais de mi duelo —interrumpió el joven con una sonrisa leve—. ¿Podéis ahora decidme vuestros nombres?

—Yo soy Mary Jones, esposa de Matthew Black —dijo al joven con una sonrisa sincera sin perder de vista a los Smith que miraban lo que hacia su hija—. Ella es Carolina Smith, aún soltera.

—Un placer conoceros y os quedo muy agradecido por vuestra ayuda. Os dejo ya, pues no deseo que los Smith crean algo que no es y lo mismo

para con los Jones —dijo el joven al ver que cuatro adultos se encontraban juntos pendientes de lo que hacían los tres en plane conversación—. Pasado mañana iré a vuestras cosas para recoger las firmas.

—Os estaremos esperando.

A ninguno de los tres cuando se separaron les importaba lo que tenían que haber pensado los adultos al verles así, en la puerta charlando en voz baja, sin prestar atención a que les vieran y sin un adulto que les vigilara.

Una era casada, pero ni eso le importó. Le marido estaba lejos y ella en compañía de una amiga soltera que no mostraba interés alguno en encontrar marido, era el habla de los cuatro padres, pero un habla que ellas desconocían, pues se encontraban ensimismadas con los cuadros, algo que a sus padres les pasó por alto, deseando una boda.

—Carolina —dijo su madre al ver que ella se dirigía en dirección a la Galería— hoy con esto que ha sucedido, ha perdido la oportunidad de encontrar marido y ya tiene 21.

—Con Mary fue tan sencillo... Llegó Matthew Black, un abogado muy respetado y ella dijo sí. Para ella el no, es un palabra tan difícil de pronunciar que sabes que siempre puedes contar con ella —explicó la madre, lady Jones, con la cabeza muy alta, sacando pecho y feliz de una hija tan manejable.

—Pues la mía no, yo no puedo con ella y su padre trabaja tanto que el pobre casi ni puede hablar cuando llega —Se quejó lady Smith resignada—. Ojalá llegue un hombre firme y derecho, la va a poner en cintura.

—Bueno, le habéis echo la promesa a lord Jones ¿no? Pues dejad de preocuparos, él la sabe poner derecha. Tiene que ser con ella antes de que Mary le sea infiel a lord Black con él, ya sabéis que por muy manejable que sea, el amor es el amor, y ellos se aman.

Esas palabras hicieron palidecer a lady Thompson, quien observó a su marido, quien la consoló:

—Tranquila, hablaré con la señora Wilkes y que ponga sobre aviso a Carolina con la máxima discreción.

Lord Thompson abrazó a su esposa, al tiempo que también era abrazada lady Smith, dispuesta a enderezar a su hija pero no allí, tenía que ser en la casa y antes, tenía que llegar lord Jones, el hijo del antiguo Embajador Francés que regresaba a Londres después de quedar viudo al perder su esposa la vida durante el parto de una niña que logró sobrevivir. Ese hombre era pariente de los Jones, un pariente lejano, pero sabía que le ayudarían y apoyarían en el matrimonio, pues beneficiaba a ambas familias económicamente.

4

El día siguiente al baile, Carolina y Mary acudieron con sus padres al Cementerio de Highgate donde el padre del joven James Hunter fue enterrado a las 11 de la mañana ante una multitud de personas dispuestas a dar el último adiós a un hombre, para el cual nadie tenía una mala palabra o un mal recuerdo, por mucho que su esposa estuviera morada por donde no se veía, a consecuencia de las múltiples palizas que le daba cuando en los negocios no le iba bien; y no era buen empresario.

Pero aquello no lo supo nadie, nadie quedó para consolar al hijo que permaneció en el suelo junto a la tumba, con un montón de preguntas, sin saber qué decir, qué hacer y dónde ir. Su amigo John quedó a su lado, envuelto en el abrigo, helado.

Para dar más frío y ser más desolada la estampa, comenzó a nevar.

Carolina acompañó a sus padres al coche de caballos para regresar a la casa, pero en mitad del camino, sin poder apartar la vista del joven, se volvió

y caminó hacia él.

Sus padres la llamaron, pero ella no escuchó, se dedicó a dar un paso y otro más, hasta que sin saber que se debía decir, llegó a James. Tenía la mirada perdida, el rostro pálido, los hombros y el cabello llenos de nieve.

Carolina se agachó, colocó su mano derecha enguantada sobre el hombro de James y con una sonrisa sincera habló dejándose llevar por su instinto.

—Lord Hunter, no hay peor mal que quedar solo en la vida, pero vos no estáis solo —dijo en voz baja sintiendo igual que un hierro en la fragua lo que decía—. Lord Miller se encuentra junto a vos y si me dais permiso para ello, también yo. Id a casa, hace frío, no hacéis justicia a nadie si enfermáis.

James no dijo nada. Se puso en pie. Ni la miró, ni recogió su sombrero. Comenzó a caminar en dirección a la puerta del cementerio con al cabeza baja, casi arrastrando los pies.

Carolina comprendió que quizás tendría frío, de modo que se quitó la capa y se la colocó a él sobre los hombros.

—Que entre en calor, a mí no me hace falta —dijo a lord Miller con tristeza, preocupada por lo que pudiera estar pasando por la mente de James, quien la observó pidiendo que todo volviera a ser como antes, aunque sin palabras y maldiciéndose a sí mismo por querer ver a su madre de nuevo con vida—. Vivo en Mayfair por si me necesitáis.

—Yo sé donde vivís milady, vos sois la amiga que cabalga con lady Mary Jones ¿verdad? Y la joven que da naranjas a los niños, os he visto muchas veces. Yo soy lord John Miller, como ya sabéis. Podéis llamarme John.

Una reverencia para acortar la conversación antes de que los padres de Carolina le llamaran la atención fue la respuesta a las corteses palabras que lord Miller tuvo a bien pronunciar, agradecido por el acto humanitario de la

joven, la única persona que se acercó a su desolado amigo.

James, en aquel lugar, rodeado de muerte, lápidas, sueños rotos y vidas truncadas, observó a la joven alejarse sin su capa como si aquello no fuera el final. Sintió que se llevaba algo en su interior que no tenía cuando entró. Quiso correr hacia ella y darle las gracias, pues las estalactitas de hielo que se derrumbaban clavándose en su diafragma ya no estaban. Proseguía el vacío, pero no aquel dolor.

Sin embargo, sus fuerzas le abandonaron y su valentía también. Se arrojó bien con la capa y prosiguió su camino hacia la puerta del cementerio consiente de que en pocas horas enterraría a su madre, pero hubiera preferido que fuera al contrario: su padre en tierra no consagrada y su madre en el Cementerio, pero la verdad nunca se conocería y él no la diría. Una vez todos muertos prefería que el secreto y el pasado también se marcharan si era posible.

Pero el cansancio le hacía recordar la cama y la cama la vivienda donde todo pasó.

—No quiero ir a casa —habló tan bajo que ni John, quien se encontraba a su lado, pudo oír con claridad, aunque sí entresacó las palabras no y casa.

—¿No quieres ir a tu casa? —preguntó para poder comprender en plenitud y actuar en consecuencia.

—No —respondió en el mismo tono.

—Entonces ven a la mía —dijo John seguro de que si James quedaba solo era capaz de cometer cualquier locura.

—De acuerdo.

James no dijo nada más. La nieve que lo cubrió todo de blanco siguió cayendo cubriendo en su camino al joven quien mientras caminaba envuelto en la capa prestada, rememoraba el año en el que su padre lo envió con su madre a casa de unos parientes para pasar la Navidad y allí, los dos solos,

pasaron unos estupendo días en los cuales su madre cocinó el mejor cordero que él había comido, preparó el mejor chocolate e hizo el mejor pastel.

Durante aquellos idílicos días nevó bastante y ellos se dedicaron a construir muñecos de nieve, a leer junto a la chimenea encendida y a dormir con la tranquilidad de quien sabe que nadie le va a molestar.

Pero aquellos días desaparecieron como su...

Se detuvo en la puerta del Cementerio y observó a John en silencio. Su amigo sabía de todo, pero había secretos que le eran desconocidos y en ese momento, lo único que quería era volver a aquella mansión invernal y revivir aquellos días con su madre hasta el infinito.

—El pasado no puede volver ¿verdad? —preguntó en voz baja.

—No, lo siento —respondió John, al tiempo que hacía una señal al coche de caballos para que se acercara.

—Llévame a tu casa, me encuentro muy mal...

Tras decir aquellas palabras, James cayó al suelo inconsciente. Todo se le volvió negro, pero pese a ese detalle, sentía un calor y un confort que hacía años no abrazaba su cuerpo y su mente. Desconocía lo que pasaba a su alrededor, para él las palabras, la preocupación, los actos, las prisas, los cuidados, el funeral de su madre... Todo dejó de tener importancia y de hacer que tuviera algún efecto para él, pues en su pesar, al abrir los ojos tras sentir las manos de su madre, oír su voz y notas las mantas que le arropaban, la encontró a ella que de la mano lo llevaba a misa y luego le invitaba a tomar lo que por su garganta, bajaba caliente y espeso: el chocolate que cada domingo le era preparado a espaldas de su padre, quien creía, esa era una bebida de mujeres.

Aun así, en ese momento en el cual se encontraba sentado en la mesa de la enorme cocina, con la taza ya vacía entre las manos, su bigote de color por haber disfrutado de la bebida caliente y su madre sonriente con el vestido

azul de manga larga con el ribete en los puños y en el escote en color blanco, sus ojos vivos llenos de amor en color negro igual que sus cabellos, se dio cuenta de que allí no podía seguir.

—Lo siento mucho, yo...

—Duerme, es de noche, duerme.

La voz que oía era masculina, pero era una voz dulce, tranquila.

De inmediato en su memoria apareció el rostro de John y más alejado, el de la única persona que no solo le habló, también le consoló y entregó una capa para que pudiera protegerse de la nieve y entrar en calor.

Les sonrió a los dos y arropado se volvió a dormir, pero en esa ocasión su madre no le ofrecía una taza de chocolate, su madre lloraba porque su padre la había golpeado. Él lloraba también.

De pronto, un terremoto lo sacudió todo. Las tazas, los platos, los cuadros incluso las lámparas cayeron al suelo en una destrucción que no dejó nada en pie. Las paredes grieteadas se iban cayendo pedazo a pedazo dejando en el suelo las sillas tumbadas y los muebles incapaces de sostener un peldaño más de pared o techo, pues amenazaban con hacerse astillas, por no decir del ruido, era ensordecedor, dañaba los oídos.

Cerró los ojos con fuerza y entonces, en medio del ruido de truenos, una voz empezó a sonar. Primero muy muy lejana. Luego cada vez más cercana, poco a poco, más cercana. Quería oír, saber quién le hablaba y qué decía, pero no podía. Entre el ruido, su propio miedo y la voz tan leve...

Acabó por dejar escapar un profundo suspiro y sentarse en el suelo a la espera de que algo se hiciera presente: el rostro o la voz clara.

Fueron ambas cosas; John le hablaba:

—James, no tengas miedo, no pasa nada, ha sido una pesadilla. Duerme.

Miró a su amigo. Estaba sentado a su lado en la cama donde él se encontraba. Dejó escapar un profundo suspiro. No todo había sido una

pesadilla y se arrepentía de haber dicho que no podía quedarse en aquella cocina con su madre y la taza de chocolate.

Se arrepentía profundamente.

5

En la mansión de los Smith, Carolina recibió la visita de lord Alberto Hunter, quien llevó la carta delicadamente escrita y con la firma de cuatro personas, entre ellas de Mary Jones, quien les dio el voto que los Smith necesitaron para firmar y permitir que su hija lo hiciera.

—En ese caso, muchísimas gracias —dijo el muchacho viendo que firmaban—, mi primo lo agradecerá.

—De nada, debemos estar unidos, el padre era muy buena persona, yo le conocía bien, le echo de menos —dijo lord Smith mientras su esposa firmaba—, si el muchacho necesita algo que lo diga, no vivimos muy lejos.

—Lo sé —sentenció Alberto de pie, firme, sin mostrar emoción alguna—. Lo único que mi primo se encuentra muy enfermo en este momento y las visitas no son aconsejables.

—Es comprensible, es tan endeble ese muchacho...

En aquel momento, la mirada de Alberto se cruzó con la de Carolina y ambos se contaron decenas de cosas sin pronunciar el menor sonido ni escuchar la cantinera del padre.

El silencio se hizo en la sala para ellos cuando Carolina comenzó a plasmar con la ayuda de la pluma mojada en el tintero su nombre en aquella

carta. Para ambos, aquella era una rúbrica muy especial, pues dejaba constancia de una amistad y una disposición que era real. Alberto no sabía si las otras eran sinceras como esa, pero sí era consciente de que el corazón estaba allí.

—Muchas gracias lady Smith —dijo con una sonrisa iluminada por el rayo de sol que entraba por las dos ventanas cuyas cortinas corridas permitían el paso total del sol.

—De nada. Si puedo ayudar, házmelo saber.

—Así lo haré milady.

El joven recuperó la carta y abandonó la vivienda. Algo le decía que no era esa la última vez que la vería, de hecho, la vería muy pronto, estaba seguro.

Aunque quien mas segura estaba era Carolina. Ella no quería que James se quedara solo, sentía algo especial que nunca antes había sentido a excepción de cuando estaba cerca de Mary, por lo que no dijo nada, se sentó en el sofá junto a la chimenea y tomó el libro que sobre la mesa había para seguir leyendo.

Con ese acto pretendía demostrar a sus padres que esa firma no significaba nada para ella, era un gesto de buena voluntad tan solo.

Pero no podía ser posible, pues su familia, sus padres empezaron a enumerar los muchos motivos por los cuales era necesario que la familia no tuviera más contacto con lord James Hunter.

Carolina, quien fingía no escuchar, lamentó en el transcurso de esa conversación que su abuela estuviera en América. De estar allí a su lado, las cosas serían muy distintas, aunque no podía llamarla, América estaba demasiado lejos.

—Ve a tu habitación con tu doncella, esta conversación no te incumbe —dijo su padre serio, manteniendo el silencio hasta que Carolina salió

obediente con el libro entre los brazos, intentando encontrar una manera de que su abuela estuviera al corriente de todo.

Sin embargo, en su mente, era tal la cantidad de cosas que había sin un control ni orden que incluso hasta lo más sencillo la hacía pensar, llegando, incluso a dudar sobre de pie debía poner primero.

—¿Te encuentras bien, Carolina? —preguntó su doncella, quien al conocía desde hacía mucho tiempo, tanto que ya casi no recordaba ni a sus padres ni su infancia, solo unos pocos recuerdos que no significaban nada para ella, lo único que en su mente había, era el deseo de crear una familia y ver a sus hijos crecer como su madre no pudo hacer. Ella se afanaba en dejar lo más perfectos posibles los vestidos en el armario—Tienes mala cara, diré a la criada que te traiga un tentempié.

—Quisiera que mi abuela estuviera aquí —dijo al tiempo que un profundo suspiro escapaba desde lo más hondo de su ala y ella, ocupaba un lugar en el diván junto a los vestidos que la doncella organizaba—. La echo tanto de menos...

La doncella comprendió que Carolina estaba triste, por lo que se decidió a retirar los vestidos y sentarse a su lado dispuesta a escuchar lo que tuviera que decir, pese a que la muchacha no habló en un largo rato que a la doncella se le hizo casi desesperante pese a que se mantuvo en silencio, cumpliendo su deber.

Pero Carolina estaba ordenando las cosas en su mente. Ella, era una niña que fue educada para ser una esposa sumisa, pero la verdad era que no era sumisa. Tenía un carácter fuerte que hacía lo que podía por mantener a raya, pero también era una muchacha que lamentaba lo que malo le sucedía a quien no tuviera maldad en su corazón.

Con su abuela se llevaba bien, muy bien. De pequeña la llevaba a Hyde Park, a Kersington Garden e incluso a los Museos. Le comentaba sobre la

Historia de la ciudad, sobre sus Hombres ilustres e incluso sobre al corona. Con nuevo años pudo escuchar por su abuela la historia del 5 de Noviembre, pero la que más le gustaba era la de la reina Victoria a la cual conoció cuando tenía 5 años y la entonces Princesa inauguró el Royal Victoria Park.

Su abuela le contaba todo lo acontecido en aquel parque ese día. Carolina lo recordaba después de tantas veces que se lo contó, pero no olvidaba que lo mejor era la frase con la cual su abuela terminaba la historia: “nunca olvides que puedes hacer y ser lo que deseas”.

Cuando se marchó a América teniendo ella 11 años, todo acabó, pues su padres se encargaron de que la comprendiera al importancia de un matrimonio y de seguir al pie de la letra cuanto ellos le dijeran.

Cierto que su doncella le quería, pero aun así, a veces, la hacía sentir muy extraña, pues lo mismo la apoyaba que cambiaba de bando. Era una muchacha muy extraña en determinados asuntos, sobre todo, en el amor, pues ella mismo la pudo ver registrando las cartas que lord Robert Jones le enviaba con permiso de sus padres, en las cuales llegaba a encontrar todo tipo de detalles, desde un a pizca de canela a un hijo de oro, pero la doncella se hacía con todos esos presentes y los tiraba sin que nadie la viera, aunque luego, delante de los Smith se mostraba de lo más interesada en que esa relación se formalizase.

Desde entonces, la joven se convirtió en su confidente, pero no en su mejor amiga, esa seguía siendo Mary Jones, quien aseguro que no tenía nada que ver con él aunque compartieran el mismo apellido.

—Necesito respirar —dijo el voz baja observando el mueble que frente a ella tenía y que le dio muy poca importancia, aunque era uno de sus favoritos y se lo regaló su abuela con la intención de que tuviera un lugar donde guardar sus libros y tenerlos a mano por su deseaba volver a leer en lugar de escuchar a su padre, quien dispuesto a casarla con un buen hombre, no

contaba con el apoyo de su madre, pero a él ese detalle no le importaba.

—Vamos al jardín —La doncella se puso en pie en cuanto terminó de pronunciar sus palabras, dibujándose en los labios era franca sonrisa que Carolina imitó sin darse cuenta.

Lo que sí controló fue lo de ponerse en pie y seguir a su doncella hasta el jardín cual cenador les esperaba dispuesto a recibir cualquier detalle que quisieran llevar a cambio de protegerlas del sol y ofrecer un lugar donde descansar y hablar sin que nadie molestara.

Las dos amigas se sentaron allí y quedaron a la espera de que la otra se atreviera a hablar, aunque ninguna encontró las palabras adecuadas, hasta que de la cocina llegaron las voces que hablaban de lord James Hunter.

—Yo quiero ayudar, al menos apoyar y antes de que el primo se marchara de la casa, yo también firmé y el primo incluso me dio una libra. Yo no quería cogerla, me pareció injusto.

—Lo mismo me ha pasado a mí: firmé y me dio una libra.

—Mi marido yo hemos firmado y a los dos nos ha dado un libra, como ya iba a casa de lord Hunter mi marido le ha llevado en el coche, si lord Smith pregunta ya sabremos que decirle, el pobre muchacho estaba cansado y al parecer su primo ha estado hasta hace un par de horas en su casa con mucha fiebre. Pobre muchacho...

—Lord Smith no dirá nada, de seguro que ni se ha dado cuenta de que el coche se ha movido, no pasará nada.

—Eso, eso. Ese muchacho necesito apoyo, pero apoyo de verdad, no de figuración.

6

El rato de descanso que la joven tuvo en el cenador, le sirvió para poder aclarar su mente, tener las ideas claras y actuar. Era consciente de que la vida no era sencilla, de que estaba sola, su vida estaba destinada a cumplir, únicamente, lo que sus padres le ordenaban, pero a la mañana siguiente eso era lo que menos le importaba.

—Hoy tienes un brillo especial en la mirada —dijo su doncella mientras la peinaba—, todo lo contrario al día de ayer.

—Sí, estoy mejor —dijo Carolina con una sonrisa que intentaba ser pequeña, pero en realidad era grande, le cubría casi todo el rostro—. Tengo un par de ideas que creo me ayudarán a que todo esto está más aclarado.

La doncella no dijo nada, se limitó a terminar de peinar a Carolina y esperar un rato a poder ver bien a lord Smith o lady Smith en solitario, aunque se suponía que debía ser fiel a Carolina y ayudarla en todo, así como también debía ocultar cualquier detalle que pudiera hacer pensar a alguien que desobedecía a sus padres, pero ella estaba segura de que era Carolina la equivocada, no deseaba ver que una niña como ella cometiera un error otra vez, la quería demasiado.

Ya dio un traspie el año que lord Robert Jones estuvo detrás de Carolina. En esa ocasión la ayudó y él se marchó del país sin contar con ella, pero según había oído, él estaba a punto de regresar

—Yo tendré ese brillo que tú dices que tengo, pero estás pálida ¿acaso no te encuentras bien? —preguntó Carolina observando a su doncella reflejada en el espejo del tocador ante el cual se hallaba sentada— Si lo necesitas, te doy el día libre, hoy haré poco a lo largo del día.

La doncella se limitó a negar con la cabeza y terminar su trabajo, tras lo cual le colocó un chal sobre los hombros para que entrara más en calor, hacía frío, la nieve aún se podía ver en las calles, donde unos niños se dedicaban a jugar con una pelota y otros al pillar-pillar lo más abrigados que el dinero de sus padres les permitían, aunque incluso los más pobres tenían algo de abrigo, alla misma, Carolina, descubrió que un niño con guantes, bufanda, gorro y abrigo, compartió la mitad con otro que parecía estar a punto de congelarse de frío.

Aquello la hizo sonreír, ignorando que su doncella había bajado sin decir nada, lo que veía por la ventana ya era bastante interesante y mas aún cuando los niños hicieron un gesto a otros y todos comenzaron a jugar con la pelota y todos abrigados, pues se repartían lo que tenían un vez vieron lo que el otro hizo. Niños y niñas jugando sin distinción. Ayudándose cuando se caían, compartiendo el trozo de pan, o la fruta o el chocolate. Incluso la botella de leche que un niño llevaba, se repartió con un sorbo cada uno.

Observando aquello, se sentó en el alféizar de la enorme ventana y miró hasta que los niños se alejaron de allí. En parte se entristeció por ello, le gustaba lo que veía y los pequeños no estaban haciendo el menor ruido, las risas eran gratas así como las voces inexistentes, pero en parte se alegraba, pues de ese modo podía escribir la carta a su abuela. Era posible que la carta nunca llegara, muchos barcos se perdían y en ocasiones lo que llevaban se iba al mar en una tormenta, aunque tenía que intentarlo. Si llegaban a cumplirse cuatro meses sin recibir respuesta alguna, entonces ya pesaría si volver a escribir otra o buscar otra solución.

Dejó el alféizar de la ventana la tiempo que el último niño se perdía en la esquina diciéndole adiós con la mano y se sentó en su escritorio donde tras tomar papel, pluma, tinta y un sobre, comenzó a escribir la carta siendo en ella lo más sincera que podía, pues sabía que su abuela descubriría de inmediato cuando ella le ocultada cosas.

Incluso por carta.

En cierta ocasión, estando su abuela de visita en Escocia, le escribió una carta para felicitarla por su cumpleaños y su abuela le respondió preocupada por lo que su nieta le estaba ocultando. Nunca supo lo que ella dijo u omitió para que supiera que pasaba algo, y aunque en varios ocasiones quiso saberlo, nunca preguntó, su abuela era como era, y a ella le gustaba así.

Pero no podía hablar de ello con sus padres, era imposible hablar si ellos no le daban la palabra.

Y tampoco parecía que pudiera hablar con su doncella, ella se marchaba cada vez que podía y no siempre la informaba o la veía marchar, lo que la hacía pensar que ya estaba cansada de ella.

Por ello, cuando terminó de escribir la carta, quedó allí sola con el sobre entre las manos sentada aún en el escritorio sin saber qué hacer: mandar la carta ella sola al día siguiente o ir con Mary para aprovechar dar un paseo y conversar.

Aunque antes de la boda, Mary era más alegre.

Dejó escapar un profundo suspiro y guardó la carta en el escritorio sin saber que decir o hacer. Se sentía tan desolada que incluso tenía ganas de llorar, ni cuando pensó en el juego de los niños las lágrimas tomaron otro camino.

De modo que se dirigió en silencio hacia el exterior de la vivienda sin topar con nadie. Le resultó curioso, pues ni una criada, ni una cocinera, ni el mayordomo, ni el portero. Parecía que no había nadie en el lugar, aunque de

vez en cuando oía alguna voz lejana que nada claro le decía.

Ella misma dejó su chal en la silla, tomó una capa y salió. El suelo aún se encontraba lleno de nieve, por lo que se decidió a buscar a Excalibur y montó. Por suerte para ella, el cochero se encontraba allí y la atendió sin la menor queja, ni preguntó donde se dirigía.

Carol comenzó a cabalgar con su corcel sin mirar nada en concreto, aunque cuando pasó por la puerta de lord Hunter se detuvo pensando si debía o no entrar. Una parte de sí misma le decía que no, que ni pensarlo. Era una mujer soltera en una casa donde únicamente vivía un hombre soltero. La sociedad iba a tratarla como si una vulgar prostituta fuera y lo más interesante y menos doloroso que le podía hacer era simplemente casarla con él. Pero era un hombre no mucho mayor que ella, solo o casi solo en el mundo y enfermo de pena, pues cuando le habló en Highgate descubrió a un solitario y endeble James que parecía se rompería en cualquier momento.

Sin embargo, mientras se encontraba a lomos de su caballo, la puerta de la vivienda se abrió y el doctor, a quien reconoció por hacerle visto en diversas ocasiones, salió con el maletín en la mano cerrando la puerta con sumo cuidado.

En cuanto estuvo a su lado, el hombre se quitó el sombrero de copa y con una sonrisa la saludó:

—Buenas tardes, lady Smith.

—Buenas tardes, doctor. ¿Puedo preguntar por lord Hunter?

—Por supuesto. A él le hará feliz conocer que alguien se interesa por su salud —respondió el hombre colocándose el sombrero—. Se encuentra algo mejor. Muy afectado por la tragedia y un tanto triste porque faltó al entierro de su madre, pero creo que pronto se recuperará.

—Muchas gracias, doctor —dijo ella más tranquila—. Dele mis mejores deseos por una pronta recuperación.

—Así lo haré lady Smith —anunció el doctor dejando escapar un profundo suspiro que incluso le dolió en el pecho como si lo apuñalaran—. ¿Puedo pedirle un favor, milady?

Carolina asintió con la cabeza temiendo que eso que le iba a pedir fuera algo como no ver a lord Hunter nunca, no hablarle si él no lo hacía o alejarse de su casa y de su vida para siempre.

Era incluso posible que sus padres ya hubieran hablado con el doctor y este fuera a contarle lo que ellos se dedicaron a inventar, pues no le cabía la menor duda de algo estaban planeando y eso le daba miedo.

—En unos días —Comenzó a hablar— James Hunter podrá volver a salir. Lo más seguro es que lo haga a pie con su amigo lord Miller, pero si vos le veis por favor, saludarle al menos. Su familia no ha mostrado más interés que aquella carta que incluso yo firmé dándole apoyo. Ya sé que es un hombre soltero, pero milady, una palabra, un saludo, será de agradecer.

—Así lo haré, doctor. Será todo un placer.

El doctor se marchó, dejando a Carolina con al sensación de querer ser un poco más femenina, aunque eso era muy extraño, nunca antes le había pasado.

Iría a la tienda, el viernes anterior acudió con Mary a recoger lo que su madre le había comprado, ella ni miró la ropa para sí, la agobiaban los consejos que todas las mujeres parecían darle como si todas tuvieran ese derecho.

7

Se dirigió a la tienda sin dudarle mucho. Al fin y al cabo si había mucha gente podía darse la vuelta y regresar a casa, pero si tenía la suerte de que no hubiera, pues entraría.

En un primer momento, mientras se dirigía a la tienda, pensaba en el motivo de tener esa necesidad, no le encontraba el menor sentido, ella no era de esas chicas que gustaban de presumir para conquistar, pero de pronto, quería ver los nuevos modelos, comprar algo, estrenar. Supuso que quizás no era por un hombre, era por las fiestas o por los bailes.

Detuvo el caballo un par de veces, pero las dos veces siguió adelante porque los pros de ir a la tienda, eran superiores a los contras.

De modo que siguió y cuando llegó a la puerta de la tienda, sonrió al ver que únicamente había una clienta, de modo que una vez desmontó, ató al animal a un gancho que de la pared junto a la tienda había y entró mientras se quitaba los guantes de montar.

La tienda era grande, acogedora, parecía un enorme salón de un Palacio o algo similar. Los sillones invitaban a ocuparlos para mientras descansar, poder ojear las revistas expuestas donde se mostraban los últimos diseños.

Casi nunca se encontraba vacía y que hubiera una clienta no significaba

nada, pues la señora Wilkes tenía varios probadores privados en los cuales las clientas que deseaban permanecer en el anonimato o no eran tan nobles, podían hacerse sus compras.

Eso era algo que a ella siempre le agradó, pues no todas las damas podían elegir su futuro y la mayoría era muy agradable.

Sin embargo, en esa ocasión, parecía que no había nadie por lo que podía tomarse su tiempo y no sentirse avergonzada por su desconocimiento en ciertas cosas, al fin y al cabo, la señora Wilkes tenía fama de ser la mejor modista de todo Londres.

No estuvo mucho tiempo esperando, la clienta era lady Thompson y ya terminaba, aunque no tardó mucho en saludarla y ofrecer su consejo si ella así lo deseaba, a lo cual Carolina respondió con una sonrisa y asentir agradecida, después de todo, con la ayuda de esa dama y la experiencia de la modista, no había lugar a equivocarse en la elección de telas, colores y modelos. Y dos damas con experiencia no resultarían agobiantes.

Después de esa ofrecimiento, la señora Wilkes la llevó a la trastienda y comenzó a tomar las medidas sin dejar de hablar comentando los últimos rumores que si bien no le eran interesantes, sí le sirvieron para conocer que lord Robert Jones estaba próximo a llegar, lo que la hizo palidecer de inmediato.

—Lady Smith —dijo la modista deteniendo el proceso de medir al notar la palidez de la joven y recordando perfectamente las palabras de lord Thompson, quien le pidió que pusiera especial atención a todo lo que tuviera la menor relación con lady Smith o lord Jones. Quiso darle una cuantiosa suma de dinero, pero no lo aceptó, el motivo de lord Thompson ya era motivo más que suficiente—, sé que no os agrada y os comprendo. Tan solo os lo decía para informar, no lo hago con todas, pero sé que sois muy independiente y en eso me recordáis a mi a vuestra edad. El día del baile

organizado por los Thompson, vos no bailasteis con nadie y cinco, al menos cinco solteros se acercaron para que aceptarais un baile. Fui testigo de ello. La rebeldía al mismo tiempo que la humildad con que los rechazasteis y la atención para con lord Hunter, me demuestra vuestro gran corazón.

Carolina se tranquilizó. Agradecía lo que por ella hacia aquella mujer a la cual acudía en muy pocas ocasiones, su madre y su doncella se ocupaban de la ropa, así como le hacían los vestidos en la casa, pero tenía permiso para ir tres veces al año al Salón de Modas y con esa se cumplían las tres.

—Gracias —dijo sin encontrar palabra que expresara lo que en realidad sentía.

—Pues vamos a empezar a elegir.

De inmediato, comenzaron a elegir telas y colores para unos diseños que en ocasiones eran todo una novedad para ella, pero que le eran gratos, sobre todo los elegidos con la ayuda de lady Thompson, la cual habló en secreto con la señora Wilkes para que ella pudiera hacerse con la ropa que quisiera.

—Apuntaré en la cuenta lo que lady Smith encargue.

Las palabras de la señora Wilkes le resultaron complejas, pues se alegraba, era un detalle que le hiciera tal obsequio, aunque no sabía como iba a poder pagarlo. Se decidió por aceptar lo que amabas le ofrecieran y no ser muy quejica, esa mujer no tenía motivo alguno para pagar nada, pero aun así, lo hacía.

Mas los colores que escogían eran realmente hermosos: platinos, azules, zafiro e incluso verdes sin pasar por alto el brocado gris y plata.

—¿Alguna tela o diseño?

—Pues me gustaría algo rosáceo sino es mucho pedir —respondió con una amplia sonrisa observando una capa corta rosa que parecía pertenecer a otra cliente pero que le gustaba bastante.

La señora Wilkes no dudó y tomó al capa del pedido colgada como

estaba de una percha y la entregó a Carolina, quien no dudó en tocar con interés comprobando que su tacto era grato, que el color era perfecto para un vestido que aún no había estrenado y que era cálida, pues se trataba de un terciopelo grueso.

—Si te gusta puedes quedártela, pertenece a un pedido que no se recogerá hasta la próxima semana, mis costureras pueden coser otra —informó la señora Wilkes mientras leía los datos en su libro de pedidos.

—Siendo así me la quedo, muchísimas gracias —anunció la joven con la capa aún en la mano.

—No hay de que —añadió lady Thompson—. ¿Quieres algo más?

—No, tengo de todo —dijo la joven.

—En ese caso —dijo lady Thompson—, ¿con qué ropa saldrás?

—No lo sé, no había pensado en estrenar nada aún —respondió extrañada por la pregunta de la dama, pues nunca antes le había preguntado nada semejante.

—Pues tienes que estrenar, esta noche quiero que cenes conmigo en mi cada y no admito un no por respuesta.

Carolina se sonrojó un poco, desconocía que podía decir sobre todo porque había acudido sin decir nada a nadie y por lo que podía ver en la calla la noche empezaba a caer. Pero negarse a una cena después de la ayuda de ambas mujeres era descortés, muy descortés y, desde luego, indigno de una dama.

—De acuerdo, acepto. Aunque tendré que informar en mi casa —dijo sonriente con la mirada brillante y ganas de saltar de alegría.

Parecía que el día tendría un buen final después de todo.

Y para darle ese punto de elegancia, se decantó por un vestido de cintura alta en gruesa seda de color lavanda, acompañado de una capa de terciopelo grueso del mismo color, al que la señora Wilkes añadió unos guantes que le

regaló y que Carolina agradeció enormemente.

Tras comprar, salieron ambas del salón con unos cuantos paquetes. Lo demás estaría en pocos días y le serían enviados a su casa sin perder tiempo.

—Vamos a mi casa, mi mayordomo irá a avisar a tus padres y después de la velada, me ocuparé de que mi cochero te lleve. Sube —dijo mientras se ponía los guantes y el cochero se encargaba de colocar con cuidado los paquetes en el vehículo.

Las dos mujeres subieron al coche una vez el corcel de Carolina quedó atado al carruaje.

Carolina no podía creer la suerte que había tenido, como tampoco que al fin podría visitar la magnífica Biblioteca de los Thompson que la noche del viernes no pudo visitar, pues la Galería de Arte la mantuvo muy ocupada, era demasiado interesante la obra del mismo siglo XVIII, entre ellas sobre todo, el Descubrimiento de América. La pintura era enorme y su valor incalculable, pero a ella le encantó verla y aunque se quedó sin poder ver la Biblioteca, supuso que algún día podría verla, mas nunca creyó que fuera tan pronto y con una invitación solo para ella, se sentía realmente afortunada.

—Estás muy callada, ¿te encuentras bien?

Carolina se sinceró con lady Thompson y esta, se tapó la boca con delicadeza ocultando una pequeña risotada.

—Así me sentía yo a tu edad, pero al contrario que otras yo tuve suerte con mi matrimonio, tengo un buen marido y la señora Wilkes, también, aunque ella ya no lo tiene consigo, enviudó hace casi 10 años.

—Lo lamento por ella, pero me alegra saber que ella fue feliz en vos también.

—Llámame Stephanie.

Las dos sonrieron dispuestas a pasar una grata velada mientras la noche caía sobre la ciudad y el carruaje recorría las aún transitadas calles que se

negaba a dejar el bullicio en silencio.

8

Carolina obedeció todas las peticiones que esa noche le hizo lady Thompson, recibiendo a cambio no solo la ropa, también algunos libros que la joven deseaba leer y la invitación a que al visitara cuanto quisiera sin necesidad de pedir permiso, como así le entregó una tarjeta de visita y le dejó su habitación de invitados para que pasara con ella la noche, puesto que su esposo, por motivos laborales, pasaría la noche en el Club Ateneo.

De ese modo, en la mañana, la joven al bajar para marchar, encontró al final de la escalera a una de las criadas que la esperaba tranquila en una silla sentada.

Nada más verla, se puso en pie, se aseguró de estar bien vestida y peinada para presentarse ante una dama y se quedó en la escalera para informarla de cuanto lady Thompson deseaba.

Carolina, al verla, en un primer momento creyó que tal vez había hecho o dicho algo que la mujer tomó a mal, quizás su padres habían enviado una nota, a Mary le había sucedido algo o algo había sucedido a lord Hunter.

Sin embargo, cuando vio que la criada sonreía, ella también lo hizo y bajó ya mucho más tranquila, segura de que, al menos ella, no había cometido ningún fallo.

—Buenos días, milady. ¿Habéis descansado bien?

—Buenos días. Sí, muy bien. Gracias.

—Milady, me ha pedido lord Thompson que tenga a bien acompañarle con su esposa para el desayuno antes de que regrese a su hogar.

—Por supuesto que sí.

Carolina se sintió como una tonta por haber temido, cuando en realidad era solo una inocente petición para que regresara a su casa con el estómago lleno.

Acompañó a la criada hasta el comedor, donde le esperaban sentados a la mesa, repleta de los más exquisitos manjares, el matrimonio que la saludó sonrientes con los mejores deseos no solo de una noche confortable, también de un día lo más grato posible.

—Gracias —dijo Carolina sentándose a la mesa sin saber que decir—, habéis sido muy amables conmigo.

—No hay de qué —habló lord Thompson—. Ayer supe que lord Robert Jones volverá a Londres en fechas muy próximas. Cuando vaya a hacerlo, os informaré. Mi esposa también estará pendiente. Lord Jones no es mala persona, pero no es el marido idóneo para vos. Si me lo permitís, él necesita una mujer un poco mayor que vos, con cierta experiencia en la vida y que sepa de niños pequeños, pues lord Jones tiene 7 y el mayor de ellos solo tiene 5 años.

Carolina palideció ante aquella información, desconocía que podía hacer ante aquella situación. Era solo una mujer y las mujeres no tenían voz ni voto. Guardó silencio pues no podía hacer otra cosa y al ver que sus anfitriones comenzaban a comer, se dedicó a saborear también el desayuno, más decidida que nunca a que no se casaría con él aunque tuviera que irse a Francia sola, pero debía enviar la carta a su abuela de inmediato.

—¿Se lo digo yo o se lo dices tú? —preguntó lady Thompson con

tristeza dejando a un lado del plato el cuchillo y el tenedor.

—Como quieras —respondió el marido—, pero ¿crees que es lo mejor? Ya tiene bastante información.

—Es cierto y quizás ya lo sepa. Dejémoslo.

Carolina estaba intrigada, aunque le daba que quizás lo mejor era esperar a lo que tuvieran que decir y agradecer cuanto hacían por ella sin tener con ella ninguna obligación. La menos ya tenía ropa a su gusto y también información para estar sobre aviso.

—De acuerdo —dijo tras un largo rato, en el cual desayunaron con gusto llegando incluso a olvidar el asunto. Se convirtió la charla en otra cosa cuando el tema cambió a algo más natural como el viaje de lord Black dejando a su esposa sola en la ciudad, y eso hizo que lord Thompson hablase claro, no quería ese mal para lady Smith—. Tal y como estamos diciendo de lady Jones, ella es una joven muy vulnerable, pero no es tan inocente como parece, la fortuna de su primo está al alcance de su mano y puede hacerse con ella ahora que lord Robert Jones es viudo.

—Perdón por la pregunta que voy a formular, pero ¿qué tiene ella que ver con lord Robert? —Quiso saber Carolina al tiempo que se decidía por un pastel de chocolate que la cocinera había preparado especialmente para ella con motivo de su presencia.

—Son primos —respondió lady Thompson, no comprendiendo como tal cosa era del desconocimiento de ella, siendo como era la mejor amiga de Mary.

Carolina no podía creer lo que le decían. La sorpresa fue tal que el tenedor que en la mano derecha tenía con un poco de pastel se le cayó rebotando en su falda, donde dejó una mancha, y quedando en el suelo descansando, pero ella no podía moverse. Su boca entreabierta no emitió ningún sonido, aunque sus ojos sí quedaron apagados.

El matrimonio se percató enseguida de que para ella había sido una sorpresa que no esperaba ni deseaba, era una noticia horrible, ¿por qué Mary nunca dijo nada? ¿Por qué lo ocultó? ¿Acaso eran amigas porque a ella le convenía?

Quedó pendiente de lo que le pudieran decir, sin prestar atención a lo que en el comedor sucedía, pues mientras el matrimonio la observaba con atención, una criada se ocupaba de recoger el tenedor y el trozo de pastel, limpiando de forma provisional la alfombra y la falta del vestido.

—Ha sido una noticia bastante desagradable por lo que vemos —habló lady Thompson dejando la cuchara de café en el plato junto a la taza. Tomó la servilleta, colocaba en su regazo con la que se limpió los labios y las manos, para, a continuación, ponerse en pie.

Se acercó a al joven con calma, esbozando una sonrisa sincera y la abrazó por los hombros. Llevaba mucho queriendo hacer aquello, aunque estaba dispuesta a no hacerlo nunca más sin ella dejaba de padecer.

—Lo sentimos mucho, Carolina creíamos que lo sabías —dijo lord Thompson que también se limpió con al servilleta tras dejar la taza y la cuchara en el plato, pero no se puso en pie, quedó sentado observando la escena—. Nuestra intención no es perjudicarte, pero creemos que debes estar informada y tus padres no parece que estén muy por la labor, siento decirlo.

—Lo comprendo —susurró, pidiendo para sus adentros que ese abrazo nunca terminara, era tan confortable como hacía mucho que no sentía. Cálido, agradable y muy sincero, a la mujer que la abrazaba, no le importaba hacerlo, al contrario, le gustaba: lo notaba.

—Entonces comprenderás, y espero me permitas que te hable con confianza —Carolina asintió sin tardanza—, que sea importante sepas lo más posible. Como un poco, digiere lo que te hemos contado y luego ya te pongo al día. Mi mujer y yo nos casamos por amor y hemos sido muy felices, si

podemos evitar que alguien se case por obligación, cuenta con que lo haremos.

Lord Thompson no quería contar la verdad de lo que sucedía, pero sabía que ella, que Carolina, lo comprendería con esas escasas palabras, era bastante inteligente, de no ser así no sabría lo que quería en la vida y lo tenía muy claro.

—Vamos a seguir con el desayuno —dijo lord Thompson con una leve sonrisa, sincera pero breve, porque no deseaba bajo ningún concepto que la joven lo tomara como una orden, pues no lo era.

Siguieron sin problemas hasta que una vez que terminaron se dirigieron a la Biblioteca, donde lord Thompson tardó un rato en encontrar el valor suficiente para poder hablar con la máxima claridad respecto a aquel tema que, sabía, no le agradaba a Carolina.

—Esto no es fácil para mí, pero verás. Mary es una joven que desde hace mucho ama a su primo. Para ella fue un alivio que tú no te casaras con él, pero cuando se casó, ella accedió a casarse con el primero que se lo pidió y ahora que es viudo, si consigue ella que él acceda a que lo ayude podrá tener acceso a su fortuna, pero claro, estás tú y el deseo de tus padres de casarte con él, cosa que los Jones apoyan, porque no quieren que Mary esté con él.

—No lo entiendo. Nosotros no tenemos tanto dinero como los Jones —dijo Carolina intentando asimilar aquello, pues siempre creyó que Mary la ayudaba por amistad, no por conveniencia personal.

—Pero tu padre tiene en el Parlamento casi tanta influencia como lord Harry Jones sin ser miembro, y eso importa más que el dinero en un Embajador, recuerda que Robert Jones es el hijo del Embajador y que sus estudios lo han llevado a ocupar el puesto de su padre, cosa que hará en un futuro no muy lejano.

9

Carolina regresó por la tarde a casa de sus padres, no sin antes pedir con sumo interés a lady Thompson, aún en el interior del coche de caballos que, por favor, hiciera por ella un pequeño trabajo.

—Por supuesto —dijo ella feliz de ser de utilidad y dispuesta a cumplir cualquier deseo, máxime cuando estaba segura de que la joven no iba a pedir nada que fuera deshonroso.

—En cada tengo una carta que quiero enviar a mi abuela en América, pero se me ha hecho tarde y llevo mucho fuera de casa y no confío en nadie más. Por favor, ¿me podría enviar la carta?

—Claro que sí, no hay problema —respondió lady Thompson, al tiempo que el vehículo se detenía frente a la vivienda de los Smith—. Ve por la carta, te esperamos aquí.

La joven sonrió. Bajó del vehículo y entró sin decir nada ni responder a ninguna de las preguntas que le hacían, solo se dirigió a su habitación, tomó un libro de su propiedad, introdujo el sobre en su interior y bajó para entregarla a lady Thompson, al tiempo que el cochero terminaba de colocar los numerosos paquetes en el hall.

—Lady Thompson, aquí tenéis —dijo entregando el libro.

—Gracias —dijo ella asintiendo con la cabeza—. Nos vemos el próximo fin de semana, dile a tus padres que no admitiremos un no por respuesta, os esperamos el viernes en nuestra casa para guiarnos hacia la casa campo que ellos no conocen.

—Allí estaremos, muchas gracias —dijo Carolina sin saber el verdadero motivo por el cual le daba las gracias.

Regresó al tiempo que sus padres veían como el carruaje se alejaba despacio, sin prisas, con el sonido de los cascos de los caballos pareciendo que en lugar de trotar, querían hacer una música al compás de la cual se pudiera bailar.

—Ese carruaje me resulta conocido, pero no es el de los Jones, ¿verdad? —preguntó su madre intentando sacar a su hija lo que en esas horas había sucedido y que ella desconocía, pero necesitaba conocer, pues si el honor de su hija estaba en juego y eso le importaba mucho, sobre todo por lord Jones, pues él como única condición para la boda puso que ella continuara virgen.

Era una condición muy normal en la época y Carolina, aunque lo aplaudía, lo comprendía. Vivía en una época en la que los hombres podían hacer lo que quisieran, pero ella no iba a ser su juguete.

—No madre, es de los Thompson, su cochero ya vino ayer para informar de la invitación de lady Thompson. Nos ha invitado a su casa de campo este fin de semana y he aceptado —habló tranquila, observando el carruaje que se alejaba despacio—. Ahora voy a organizar mi armario.

—No me gusta esto que haces —dijo su madre de mala manera.

Pero Carolina no respondió. Se dio la vuelta y partió hacia su habitación donde llevó los paquetes con orgullo y sacó de ellos todo cuanto en su poder había pues en ese momento muchas cosas aún estaban en el Salón de Modas en las manos de las costureras.

Ignoró por completo que su madre le siguió y observó lo que hacía y

sacaba.

—Es increíble lo que te ha comprado —dijo de mala gana—, pareces los que no eres, no me gusta lo que haces y no me gusta que tomes esas decisiones...

Carolina continuó con lo que hacía, aunque cada vez más nerviosa, como si tuviera un millón de pájaros picoteando su interior. Aun así, dejó caer un profundo suspiro y no dio su brazo a torcer, siguió con su trabajo pensando en la posibilidad de que en el fin de semana pudiera estar lord Hunter allí, pues suponía que le iría bien para su mejoría.

—Habla, no vamos a ir a ningún sitio.

—En eso te equivocas madre —dijo Carolina ya de nuevo en la puerta de su habitación para bajar a la cocina—, si tan importantes es que me case, las relaciones sociales son el primer paso y no olvides que los Thompson son una de las familias más importantes. El dinero que os habéis ahorrado ¿por qué no lo gastas en otra cosa?

Lady Smith no supo que decir. Por un instante tuvo el impulso de darle una bofetada, pero si la marcaba lord Jones no lo perdonaría. El sabía que ella era como era y, por lo tanto, ya se encargaría él mismo de educarla.

Aunque al ver que ella se alejaba, se resignó y bajó dispuesta a informar a su marido, pero él la detuvo como un movimiento de mano sentado en su sillón en cuanto vio que ella entraba dispuesta a hablar, pues cerró la puerta tras de sí.

—No me vayas a contar sobre la invitación de los Thompson. Ya me informaron de ella en la nota que trajo ese sirviente suyo. Vamos aunque no sea de nuestro agrado, ya sabes que debemos tener una buena reputación y no la tendremos si vamos a rechazar ese tipo de invitación, además de que no sí si lo sabes, pero estando cerca podemos vigilar a Carolina y conocer las intenciones de los Thompson. Desde aquí no sabemos nada.

—Pero ¿y su reputación? —preguntó ella preocupada, flotándose las manos con nerviosismo sin saber donde mirar.

—La reputación de Carolina está bien. Pasó la noche en la casa de los Thompson y lord Thompson no se encontraba en su casa, pasó la noche en el Club, me lo dijeron hoy cuando fui a comer. Ayer la vieron pasar la tarde en el Salón de Modas con lady Thompson y ahora ya está aquí. Deja de preocuparte por su reputación, es lo único seguro que tiene.

Lord Smith no dijo más, pero tampoco era necesario para su esposa, los dos conocían que el secreto debía permanecer oculto el máximo tiempo posible y si debía darse a conocer, lo mejor era que fuera tras el matrimonio, de ese modo todos deberían callar, mas en ese momento y con los Thompson tan de cerca, el peligro se acrecentaba.

Aunque se alegraban de que los problemas no fueran a más, los dos desconocían de la carta que los Thompson habían enviado por petición de Carolina, aunque no a América, ya que la abuela no se encuentra fuera de Inglaterra desde hacía ya varias semanas, pero eso la joven aún lo desconocía. Ellos sí lo sabían, ya que tenían bien vigilada a la mujer por conveniencia hacia Carolina.

Ella quería mucho a su abuela, la madre de su padre. Era una mujer que siempre hizo feliz a su nieta, la adoraba tanto como despreciaba el matrimonio de su único hijo, quien antes de que Carolina naciera rompió toda relación con el resto de la familia.

La única relación mantenida era la con su madre, pero ella marchó a América cuando su ahijada la necesitó al quedar viuda con tres niños en la tierras de Texas después de que unos indios comanches asesinaran a su marido.

Por ello, los Smith no temían al regreso de Hellen Smith, sabían que no iba a volver, aunque desconocía por completo que Carolina si tenía muy

buenas relaciones con su abuela, a la cual no dejó de escribir ni responder sus cartas que iban de dos a tres al año.

Pero la joven ocultó aquel secreto durante años, aunque los Thompson lo descubrieron y lady Stephanie Thompson se mostró mucho más serena cuando supo que la joven tenían en quien apoyarse.

—Es una buena chica, verás como el viernes está en casa y la vida le sonrío —dijo lord Thompson, una vez la carta quedó posesión de la Royal Mail.

—Eso espero, por que yo deseo lo mejor para ella, no quiero que le hagan daño —dijo lady Thompson con una sonrisa—. Es tan especial...

—Sí, lo es y la vamos a ayudar, pero sin impedir la amistad con lord Hunter, ese muchacho no es malo ni culpable de lo ocurrido en su casa —dijo lord Thompson serio— vi al doctor y pregunté por su salud. Me comentó que está muy triste y que a excepción de mí mismo, únicamente Carolina y John Miller le preguntaban por él. Su primo y sus tíos ya se marcharon.

—Pobre chico, en la edad de casarse ¿cómo ocurrió esa desgracia? —preguntó lady Thompson desconociendo la verdad.

—Creo que su madre es la única que puede responder a ello, pero desgraciadamente ya no podrá.

Continuaron disfrutando del paseo en el carruaje por Park Lane mientras el sol avanzaba por el horizonte aumentando la temperatura que parecía dispuesta a derretir la nieve acumulada.

10

La invitación para el fin de semana, fue recibida por lord James Hunter con desdén a pesar de cuanto les agradecía aquel gesto generoso para con su madre. Dejó el sobre con la nota en la mesa pequeña y regresó a su habitación donde quedó sentado en el diván encogido como un niño pequeño asustado.

Escuchó que alguien llamaba a la puerta, pero no se movió, le dio que nadie interesante podía llamar para nada que fue bueno o grato, de modo que se quedó allí en silencio a la espera de que esa persona se marchara o, si podía, dedicase el tiempo y el esfuerzo en abrir la puerta y coger lo que ella quería, o él quería.

Pero aun así, el sonido de unos nudillos golpeando la puerta, prosiguió un rato más, aunque a él le sonaba más después de tres o cuatro veces, a los golpes que su madre daba en su ataúd por haber sido enterrada en tierra no consagrada y además, culpándola de un asesinato.

Ella dio muerte al cuerpo físico de su esposo pero ¿qué era de su alma? Aquel marido al destrozó por dentro y fuera, ¿acaso ella no iba a defenderse? Era una buena mujer a la que amaba con locura.

—Lo siento mucho, madre —susurraba para sí una y otra vez, mientras empezaba a oír su nombre y, por mucho que una parte de sí le dijera que era

una voz masculina, otra, le decía que no: era de su madre. Por un momento creyó que todo era un sueño, que su madre subía la escalera llamándole y la oscuridad del día se convirtió en un soleado día con los pájaros cantando, las mariposas revoloteando, las flores en flor, los árboles verdes y en su pecho, el corazón bailando de alegría al son de una marcha.

Se puso en pie saliendo de la habitación a toda velocidad riendo emocionado:

—¡Madre! ¡Madre!

—Soy yo, James —respondió John con el corazón en el puño lamentando en el alma romper la ilusión de su amigo, sobre todo, al ver que la luz que se le reflejaba en el rostro cambiaba a una tristeza absoluta, en la cual la blancura de su piel casi se asemejaba a la nieve recién derretida—. Lo siento mucho, amigo.

Se le acercó despacio, subiendo la escalera con lentitud, al tiempo que James caminaba hacia atrás.

—No por favor —dijo alargando la mano— no huyas de mi. Ven conmigo, salgamos de aquí. ¿Dónde están los criados?

James negó con la cabeza, sin decir a que negaba, si a salir de allí o a saber de los criados, pero su amigo no insistió, supuro que ya podrían hablar, lo primero era que no se escondiera, luego ya vería, si lo necesitaba, podía ir en busca de su padre, no sería la primera vez que le ayudara con James.

De hecho sería la segunda en un espacio de tiempo muy breve, y en la dos por causa de sus padres, aunque en aquella ocasión fue un policía quien le llamó.

Pero en esa...

Se decidió por ir paso a paso. Alcanzó a James y le bajó despacio hasta la habitación de la cocinera, ya vacía, donde únicamente había una cama, una silla, una mesa de noche y un armario. La lámpara no se encontraba, como

tampoco la alfombra y también habían desaparecido las cortinas. Le tumbó en la cama y le tapó, aunque no estaba seguro de dejarle solo, de modo que antes de irse, cerró la puerta de la habitación con la llave que detrás había, para dirigirse a la puerta de la vivienda que daba a la calle.

Miró a todos lados por si conseguía ver a alguien que conociera a su padre y lo pudiera enviar al Ateneo, daba igual si era hombre o mujer, para un recado así incluso un niño le era útil.

Pero lo único que por allí pasaban eran desconocidos, de modo que se arriesgó y llamó la atención a unos niños pequeños que jugaban con una pelota.

—Perdonad —dijo llamando a los chiquillos que se miraron entre ellos sin entender si era realmente a ellos o no—, ¿podéis acercaros?

—Lo lamentamos, intentaremos no hacer ruido, no queremos molestar —dijo el que pare'cia mayor—. Nos iremos al parque.

—No, no es eso, no habéis hecho mal alguno —respondió él con rapidez—. Mirad, necesito vuestra ayuda. ¿Alguno conoce el Club Ateneo?

—Sí —dijo uno con prontitud—, mi padre trabaja allí.

—¿Podrías ir y decir a lord Miller que su hijo le reclama con urgencia? Él sabe donde estoy. Toma una libra —dijo John al tiempo que abría su cartera.

—No lord Miller. Haré el recado pero no me dinero, un favor siempre se hace con el corazón, no con la cartera —anunció el niño con una amplia sonrisa, mientras los demás se acomodaban en la valla de la mansión—. Quedaos aquí, solo podré ir más rápido.

—Muchas gracias pequeño. Dile a mi padre que me encuentre en la cocina.

El niño salió corriendo, al tiempo que él observaba a los demás niños callados, sentados en el suelo sujetando uno la pelota.

—Yo voy dentro —dijo a los pequeños—, vosotros podéis esperar a vuestro amigo en el jardín, tenéis donde sentaros sin necesidad de hacerlo en el suelo.

Los niños obedecieron. Se levantaron del suelo y se sentaron los bancos del jardín y los dos bancos que había cerca, mientras John entraba en la casa quedando un momento allí, detenido, con la oreja puesta en la cocina por si escuchaba algo, pero nada parecía estar sucediendo, de manera que dio un voto de confianza a James y comenzó a correr las cortinas para que la luz entrara en esa vivienda.

Al principio le costó un poco, las cortinas estaban echadas, pero también las ventanas estaban cerradas y eso ya fue más difícil, la humedad había hinchado la madera, aunque suponía que tal vez su pelea con aquello no sería nada comparado con la batalla que en su interior llevaba James, a quien él creía dormido, pero en realidad, lloraba con desconsuelo y en silencio por su madre.

Y así le encontró John cuando tras abrir todas las cortinas de la planta baja y alguna que otra ventana para que la casa ventilase, entró en la habitación.

—James, ¿lloras por cerrar la puerta? —preguntó acercándose rápido— Perdone pero no quería que cometieras ningún error. Se sentó en la cama y comenzó a hacerle frías en el brazo mientras el otro lo tenía James debajo de su cuerpo— Desahógate si lo necesitas, yo estoy aquí a tu lado. Todo irá bien.

Siguió a su lado hablando de los momentos que vivieron de pequeños incluso cuando su padre llegó acompañado del niño, al cual pidió un pequeño favor que el niño negó con rapidez, alegando que todos sus familiares estaban trabajando.

—¿Qué pasa, padre? —preguntó lord Miller dispuesto a ayudar.

El padre respondió con la máxima sinceridad a su hijo, el cual escuchó tranquilo esbozando una sonrisa.

—Le he pedido al niño que pregunte si alguno de sus amigos tenía a algún familia que pudiera venir, pero ninguno puede.

—¿Para qué? —preguntó John sin comprender bien lo que su padre quería.

—Para que cocine y acondicione un poco el lugar, aunque has abierto alguna ventana y corrido las cortinas, apenas entra luz por los cristales sucios, el polvo se acumula y hay vasos en la cocina de hace días —respondió el padre—, yo me ocuparía, pero somos dos y no le podemos dejar solo.

—Perdona, pero creo que hay alguien que nos puede ayudar. Ahora vengo —dijo John levantándose de la cama donde proseguía sentado, y llamando al niño de nuevo le preguntó— ¿Puedes ir donde los Smith? Me refiero a la chica esa que os da naranjas.

—Sí, se refiere a lady Carolina. Siempre nos da naranjas, hoy también nos ha dado una a cada uno. Enseguida regreso con ella.

Carolina permanecía en su casa constantemente vigilada y a la espera de la carta de su abuela, que tardaría aún en llegar y la estaba poniendo muy nerviosa, sobre todo por el constante ir y venir de su padre del Club al hogar.

Ese ir y venir le decía que estaban muy cerca de tener a lord Jones con ellos, aunque Mary no le decía nada. Cuando iba hablaba sobre lo bien que se lo pasaba en casa sin que el marido regrese, pero este estaba a punto de dejar la finca.

—Dime, por favor ¿qué tiene que ver la finca? —preguntó Carolina curiosa sentada en el diván junto a la ventana con Mary a su lado.

—¿La finca? —preguntó Mary con una sonrisa que quería preguntar a Carolina qué era lo que escuchaba cuando ella le hablaba, pues en realidad, lo de la finca lo explicó tantas veces que ya ni recordaba cuantas fueron— Es de su tío, peor él ha fallecido y la heredera de al otra parte de la finca también, por lo que mi primo es el heredero. Mi marido ha ido para solucionar lo de la herencia.

—Pues menudo lío...

—Vamos mujer, no es para tanto —dijo Mary con orgullo—, mi marido es bueno y podrá tenerlo todo en pocos días, pero por mí puede quedarse más allí, yo estoy bien como estoy.

Carolina palideció ante aquello, Mary lo mismo decía blanco que negro, cambiaba como el día, parecía que nunca estaba dispuesta a escuchar a nadie y menos aún lo que ella tuviera que decir o lo que le pasara, pero tenía tanto miedo de verse sola que dejó escapar un profundo suspiro de resignación, e hizo cuanto estuvo en su mano para poder escuchar y comprender, igual que ella, Mary, se dedicó a explicar de nuevo la situación, ella tampoco quería verse sola.

—Mi marido es bueno Carolina, me trata como un hombre a una mujer, soy de su propiedad, puede hacer conmigo lo que quiera, pero a parte de un par de veces de sexo cada noche, no me impide comprar la ropa que yo quiera, comer lo que me apetezca o ir donde sea si le pido permiso antes. Tampoco me impide venir a verte, pero sí que me dejó claro que no debo bailar con ningún hombre ni hablar con nadie. A mí no me importa.

—Eso es poco menos que esclavitud.

—¡Qué exagerada! Pobre el hombre que se case contigo. Las mujeres somos las encargadas de cuidar la casa, dar hijos y dar a estos un buen ejemplo, no sé que hay de malo en ello.

Carolina no dijo nada, al fin y al cabo, Mary siempre pensaba igual desde pequeña, no había modo alguno de conseguir que cambiara de opinión, aunque tampoco era muy justo obligarla a ello cuando ella misma era la posible equivocada, aunque una pequeña vela en su interior le iluminaba una nota escrita del puño y letra de su abuela; sé siempre tu misma.

Las palabras de su abuela resonaban en su cabeza con más claridad que nunca, mientras veía la zona de rosas sin una sola flor, parecía un lugar muerto. Incluso algunas ramas pequeñas estaban podridas a consecuencia de

la nieve que les había caído encima, y cuya humedad amenazaba con dejarla sin una rosa en la próxima primavera.

—Los rosales se han perdido —dijo de inmediato Mary, la cual parecía estar observando lo mismo que ella.

—Resucitarán, estoy segura —dijo Carolina con una amplia sonrisa—, todos los años lo hacen.

—Sí, pero este ha nevado bastante, ha sido como si alguien tuviera el deseo de limpiar la ciudad de maldad.

Aquello hizo que poco a poco pudiera Carolina enlazar la situación. No había nadie más fiable que una mujer casada para vigilar a una joven que debía esperar la llegada del hombre que se iba a convertir en su prometido, y luego, en su marido, en una ceremonia que se iba a celebrar en la Catedral de Westminster, como una boda de alto rango exigía. Aunque ella esos datos no los conocía, únicamente los demás, incluso Mary, sabían de ellos.

También la doncella conocía aquel secreto, pero opinaba como su madre, era necesario que se casara con lord Jones, ningún otro le iba a poder dar una vida más digna y una familia más completa, pues no solo poseía una gran vivienda, también una casa de campo y para más que añadir una enorme fortuna, en la que la esposa tendría el dinero para adquirir todo cuanto necesitara, y unos bebés muy agradables, que iban desde la niña de 5 años a la bebé de unas pocas semanas.

Pero en la cabeza de Carolina, por muy mal que la sociedad lo vera, lo único que había era lord James Hunter. Le preocupaba la salud de aquel a quien entregó su capa, el médico le dijo que le iría bien poder recibir visitas, pero no podía ir, Mary siempre la vigilaba, y si ella no estaba, estaba la doncella.

Aunque también tenía sus trucos, y era que los niños la conocían muy bien, y cuando les daba la fruta, ella les pedía información y ellos le daban la

que tenían. Nadie supo de ello, los niños eran muy listos y ella también.

De eso no sabía nadie, aunque sí lord Miller, el cual callaba todo lo que veía, igual que Carolina, al cual observaba detrás de la valla al niño. Sabía que mientras no estuviera sola no podía hablarle, de modo que esperaría a poder hacerlo. Si ella le veía, él también.

—Estás confusa o preocupada. ¿Qué es? —preguntó Mary mientras le llamaba la atención con un movimiento de mano delante de su nariz.

—Ninguna de las dos cosas —respondió con rapidez para que ella no descubriera al pequeño—, es que necesito estar sola.

—De acuerdo, así lo haré. Cuando quieras hablar estaré en el salón con tu madre, me va a enseñar a bordar, hay algunos puntos y formas que no consigo aprender —respondió Mary poniéndose en pie y con la intención de marchar, aunque tal y como veía a Carolina, su preferencia era la de vigilar de cerca los pasos que daba, pero estar constantemente encima no era lo más adecuado y lo sabía.

Por ello se quedó resignada a dejarla sola.

Fue entonces cuando el niño aprovechó para acercarse a la ventana.

—Vengo por orden de lord Miller padre. Dice que vaya a la casa de Hunter necesitan una mujer, él está mal —dijo el niño hablando con rapidez, sin dejar de mirar a todos lados, temeroso de ser descubierto.

—Llévame —dijo abriendo la puerta del todo y comenzando de inmediato a bajar las escaleras que llegaban hasta el jardín.

El niño bajó las escaleras delante de ella dispuesto a llevarla a la mansión de los Hunter, donde llegaron a los pocos minutos, sin que a ella le importara lo más mínimo lo que la sociedad y/o sus padres pudieran decir o pensar.

—Lady Smith, sois muy valiente viniendo aquí sola —dijo lord Miller al tiempo que la invitaba a sentarse en una silla junto a la mesa de la cocina.

—Lord Miller, ambos sabemos que no va a pasarme nada, los dos buscamos lo mismo y no es otra cosa que lo mejor para James. Lo que de mi piense o deje de pensar la sociedad, no me importa —habló tranquila en la silla, al tiempo que John Miller le servía una taza de té.

—¿Queréis decir que tampoco os importa lo que de vos piense lord Jones? —preguntó en voz baja, casi en un susurro James, quien apoyado en el quicio de la puerta de la habitación, apenas mantenía los ojos abiertos.

—Lord Hunter, yo no tengo nada que ver con ese hombre, son mis padres quienes quieren que yo me case con él, pero no le amo ni siento nada por él —respondió poniéndose en pie y caminando hacia James.

—Entonces... ¿lord Jones no es vuestro prometido? —preguntó de nuevo mirándola.

—No, no estoy prometida ni tengo la menor intención de prometerme con alguien como él —respondió invitándole a que se sentara donde ella estaba, pues le daba la sensación de que caería al suelo de un momento a otro—. Mis padres me quisieron prometer, pero lord Jones se fue y yo quedé libre. Ahora regresa y, en esta ocasión, no tengo salida.

—Yo no hablaría tan a la ligera —dijo lord Miller padre sirviendo una taza de té a James Hunter.

—Ya, gracias —dijo Carolina tomando el plato y la taza para beber su té—. Pero no estamos aquí para ayudarme a mí, estamos para ayudarle a él —Señaló sonriente con el dedo índice de su mano derecha a James, el cual esbozó una muy leve sonrisa, la primera en muchos días.

12

Lord Miller padre comenzó a repartir las tareas de la casa entre los cuatro sin olvidar a los niños, que fueron enviados a la compra con el recado de adquirir alimentos de primera necesidad.

Mientras ventilaban la casa, se dedicaban a limpiar las ventanas, el polvo, los muebles, incluso las alfombras, Carolina se dedicó a preparar la habitación y a continuación, hacer la comida con los ingredientes que los niños compraron.

—Estoy agotado —dijo entre susurros James sentándose a la mesa del comedor mientras Carolina terminaba de preparar el guiso—. ¿No estáis cansada, lady Smith?

—No, me encuentro bien —respondió dándose la vuelta al tiempo que se limpiaba las manos acostumbrada a realizar las tareas domésticas enseñada por la servidumbre de su casa y, en especial, por su doncella—. Os encontráis cansado porque no os encontráis bien, pero ya recuperaréis las fuerzas, tranquilo —Soltó el paño en la encimera y se acercó a él—. Podéis llamarme Carolina.

—Yo no os he llamado milady —dijo él avergonzado por no tener el valor suficiente para hacer lo que se suponía debía hacer después de aquello; casarse con ella.

—Lo sé, pero he venido por mi propia voluntad, nadie me ha obligado. Y otra cosa, he de recuperar mi capa —respondió sin dudar con el deseo de poder ayudar más—. Pero lo primero es que os mejoréis.

—Ya podéis elegir —dijo él mirándola—, ¿por qué estáis aquí?

—Por vos.

Aquellas palabras extrañaron a James, pues al fin y al cabo eran unas que nunca se decían y menos aún cuando una mujer hablaba con un hombre, mas en esa ocasión...

—Lo lamento de veras lady Smith, no soy interesante.

—Interesante o no, las cosas no me interesan en ese sentido lord Hunter. Me apena lo ocurrido en vuestra familia, se que no fue un matrimonio feliz y no creo eso que dicen de que vuestra madre era la mala. Decidme la verdad —Carolina se sentó junto a él a su izquierda, demostrando su interés en saber lo ocurrido.

James la observó fijamente sin poder creer que aquello pudiera ser cierto. Ella era una mujer hermosa, muy hermosa, que se mostraba interesada en al verdad que él le pudiera contar sin importarle si era o no, la que ella conocía. Pero también era cierto que al chica buscaba no casarse con lord Jones, por lo que desconocía si debía o no, seguir con aquello.

—Habladme —dijo ella—, estoy aquí. Quiero conocer la verdad.

—La verdad es que no sé por qué os habéis sentado en ese lado.

—Lord Hunter, sé que no oís pro el oído derecho, cuando estuve con los Thompson ellas me lo explicaron, así como también lo sé por otras fuentes.

James no pudo evitar una sonrisa, fuera por lo que fuera, aquella joven le hacía sentir bien y aunque en un primer momento cuando la vio pro primera vez en Hyde Park, le pareció la mujer más hermosa que en su vida había visto, su gesto en el Cementerio y su presencia en la casa, teniendo en cuanta su problema auditivo, le decían que la chica era algo más que una cara

hermosa.

—Bueno, seré sincera —dijo dejando escapar un profundo suspiro—, pero a mí no me vais a creer, yo no soy más que un herido de guerra cuyas pertenencias se limitan a unas pocas miles de libras y a una casa, será mejor que vengáis conmigo.

Carolina no dudó en acompañarle mientras se preguntaba donde la llevaría. Conocía la planta de la casa en al cual se encontraba casi por completo, pues al entrar puedo ver el hall, una sala abierta que llevaba a otra que no veía, una segunda sala abierta que al contrario que la primera era una un despacho, y al otro lado dos puertas. Una cerrada y la otra que daba a la cocina donde otra puerta conducía a la habitación donde descansó James un rato.

Mientras le acompañaba pudo ver que de la puerta cerrada junto a la cocina salía John Miller con unas cortinas, supuso que sería el armario de la ropa blanca, aunque él no se quedó allí, subieron las escaleras.

—Sube despacio, hay poca luz, lo lamento —dijo con dulzura— coloca tu mano en la barandilla.

Carolina asintió en silencio. Colocó su mano en la barandilla y subió detrás de él.

La planta alta era oscura como la noche, pero James no dudó en encender una vela, lo que causó que Carolina se sobresaltara, pues la llama provocaba unas sombras muy extrañas en las paredes, incluso en las pinturas cuyos colores se veían muy diferentes.

Demasiado.

Pero no pasaba nada, pues él, sin hablar, le tomó la mano y la llevó a su lado hasta una de las puertas que, al igual que las demás, se encontraba cerrada.

Fue entonces cuando la soltó y abrió la puerta.

—Esperad aquí —dijo James, entrando para abrir las ventanas y permitir el paso de la luz, así como del aire para hacer desaparecer aquel olor a cerrado que empezó a hacer padecer náuseas a Carolina—. Pasad.

Carolina obedeció. Era una habitación femenina. El polvo se acumulaba, las telarañas empezaron a salir y sobre el escritorio, podía verse una carta que destacaba por tener un beso en el sobre, y por ser el único papel que se veía, lo demás estaba ausente, completamente ausente. Incluso la alfombra había desaparecido.

—Esta era la habitación de mi madre. Desde que se suicidó no he entrado aquí y cuando leí su carta... Bueno, ya lo sabrás. Deja que te tutee, por favor —Carolina asintió. Ya le había permitido pero se le olvidó al parecer—. Esa es la carta.

Carolina se acercó despacio. Tomó el sobre en cuyo interior encontró la carta. Comenzó a leerla de inmediato sin soltar el sobre. Leyó solo para ella mientras él se sentaba en el alféizar de una de las ventanas situadas a un lado de la cama con dosel y mirada al exterior.

Cada palabra de aquella carta, cada frase, cada párrafo hablaba de lo orgullosa que estaba de su hijo. Del miedo que padeció cuando estuvo en la guerra y lo mucho que rezó por él al saber que había resultado herido, así como lo mucho que lamentaba la elección tomada y la que iba a tomar.

—Pero si te quería tanto ¿por qué hizo lo que hizo? —preguntó ella sin comprender nada.

—Sigue leyendo —respondió él con la voz entrecortada.

Ella lo hizo, pero la respuesta no la encontró hasta el final, cuando la madre le indicó que se quitaba la vida para que él no tuviera que pasar por la amargura de un juicio en el que la encontrarían culpable de todos modos y, además, al iban a condenar a muerte, así todo era más rápido y menos doloroso para ambos.

—Os...

—James, mi nombre es James.

—James, lo lamento mucho —dijo Carolina llorando al tiempo que, con manos temblorosas, volvía a introducir la carta en el sobre y colocaba este de nuevo en el escritorio.

—Gracias —dijo él inmóvil, mientras en su rostro, las lágrimas con la ayuda de la luz del sol, los arcoiris se mostraban como puentes entre el mundo de los vivos y de los muertos.

Carolina, por su parte, comprendió la situación familiar que estaba viviendo James. Una situación en la que veía, padecía pero no podía intervenir, era necesario que su madre hubiera nada, las mujeres dependían de los hombres y la gran mayoría lo asumía sin control, mirando a otro lado sin querer ver lo que por todos lados se mostraba.

—Los pobres suelen pensar que ellos padecen más que nadie, pero creo que quien más padece es quien se ve obligada y obligado a callar —dijo limpiándose las lágrimas con la mano.

—¿Y que crees que te va a pasar a ti? —preguntó él mirándola con el rostro húmedo.

—¿A mí? —interrogó curiosa sin comprender lo que él quería decir—
Explícate James, por favor.

—¿Crees que vas a librarte de la boda por estar aquí?

—Yo... Al principio vine porque me llamaron, pero no era mi intención la de librarme de la boda, era la de encontrarme a mí misma estoy cansada de que todos me vigilen, de que incluso quien yo creía era mi mejor amiga, me haya engañado. Y sabía que necesitabas ayuda, estoy aquí por eso. Por ti.

—Debes volver a casa, o creerán que te he secuestrado.

—Me quedo aquí, no te librarás de mí tan fácilmente.

James y Carolina regresaron a la cocina, donde lord Miller se encontraba ensimismado en la carta que había sido ignorada por su amigo.

—¿Qué es eso, John? —preguntó con una lágrima cayendo por su mejilla.

—Es una invitación a un fin de semana en la casa de campo de los Thompson —respondió John sin darse cuenta de que en su rostro y sus ropas el polvo había convertido el color blanco en un marrón desagradable, incluso una telaraña se podía ver en su cabello—, la he encontrado en el hall. Dime una cosa ¿por qué no me lo dijiste? Recuerda que somos amigos.

—Yo también estoy invitada y mis padres —dijo Carolina suponiendo que, quizás, de ese modo lord Hunter se decidiría.

Ella no deseaba que dijera que sí para que la rescatara de aquel que llegaba, de él se podía defender sola, lo que deseaba era que él fuera para no ocultarse de nadie, pues ningún mal había hecho, a excepción de tener que callar y no poder enfrentarse a su padre, aunque eso era algo impensable, no se podía enfrentar, las consecuencias...

De lord Jones se libraría ella sola. Desconocía cómo iba a hacer tal cosa, pero lo haría. Tampoco sabía cómo iba a poder visitar a James y además ir, incluso pasó un rato a solas con él.

—Entonces estamos todos invitados —dijo John pensativo— ¿Por qué?

—La invitación parte de los Thompson —dijo Carolina—, ellos sabrán. Se lo podemos preguntar.

—Buena idea —sentenció lord Miller con una gran sonrisa mientras comenzaba a servir la comida—. Vamos a comer.

Se sentaron a la mesa preparados para degustar la comida que Carolina había preparado y que les gustó a todos por igual, demostrando que era una muy buena cocinera, además de una grata persona.

—Seréis una maravillosa esposa para vuestro marido —anunció lord Miller con una amplia sonrisa sin señalar a nadie.

—Pues a mí me está dando miedo...

—No te preocupes Carolina —dijo al ver que ella sollozaba—, no va a pasar nada, ten confianza.

Las palabras de James eran consoladoras pero no podía evitar sentir que su muro se caía hasta el suelo o más hondo aún. ¿Qué podía hacer? Nada, era imposible. Si la habían visto entrar la obligaba la situación a casarse con él, pero James no se encontraba en un momento adecuado para ellos. Además, no era Jones.

—¿Ahora te vas a derrumbar? —preguntó lord Miller interesado— Comprendo que es un momento difícil, pero la vida es así y lo que debes hacer es vivir el momento. ¿Quién sabe que va a pasar mañana? Vive el ahora y mañana vives el mañana.

Carolina se cubrió el rostro con las manos y tras unos momentos, quedó más serena con una leve esperanza en el futuro.

—Eso me dice mi abuela, pero a mundo se me olvida y últimamente

más a menudo que antes.

—Con lord Jones amenazando, no me extraña —dijo lord Miller padre con seguridad—. Yo no quiero que se case así mi hijo, quiero que se case por amor, como su madre y yo, aunque mis padres y los de su madre, creyeron que nos casábamos porque era lo mejor para las dos familia y no, era lo mejor para nosotros.

—Me gustan las historias de amor.

—Sí, pero mucha gente no se da cuenta de que el amor es lo que veras mueve el mundo —anunció lord Hunter—. Si lo comprendieran de veras, no lo harían.

Todos asintieron en silencio, con un movimiento afirmativo de cabeza, conscientes de que la sociedad londinense no se encontraba aún preparada para permitir que los matrimonios no fueran de conveniencia, y mucho menos, para que la mujer dejara de estar bajo el jugo del marido.

Ellos opinaban y actuaban de otro modo porque sabían que un matrimonio así, únicamente llevaba a una mujer que huía y a una situación como la vivida por James, sin olvidar a Mary que decía ser feliz en su matrimonio, pero nada más lejos de la realidad: no quería que su marido regresara.

Comieron en silencio desde ese momento, sin pensar en lo que ocurría. La sociedad, por algún motivo, les dejó de importar, le era más importante lo que sentían y lo que querían hacer. Además, lo peor que podía pasar no era ni mucho menos una condena, pues aunque no amaba a Carolina sí sentía por ella una profunda amistad y la respetaba y quería. Naturalmente, no sabía que sentía ella en concreto, pero lo único que deseaba era hacerla feliz y protegerla.

—Carolina, una pregunta ¿cómo es tu abuela? —preguntó James quien no había conocido a la suya.

—Es mayor, pero muy hermosa y muy simpática. Siempre me he llevado bien con ella, nunca he tenido el menor problema. Cuando se marchó seguimos en contacto por cartas.

—Me gustaría conocerla algún día.

—La conocerás, le escribí una carta pidiendo que viniera.

—Ojalá te pudiera ayudar yo...

—Ya lo haces James, no te atormentes por ello.

—Él es así —dijo John con una sonrisa mirando a la joven.

—Ya, mira quien habla...

Carolina sonrió. Le daba la impresión de que aquella era una familia un poco diferente, pero muy especial. Un padre que quería y respetaba a su hijo, que estaba ahí cuando le necesitaba, y un segundo hijo que, quedando solo, no estaba así, pues se encontraba acompañado y era respetado.

Cortó el pastel y ofreció el primer trozo a James, pero él lo colocó en el sitio de ella sin dudar, lo que demostró que sabía tratar muy bien a las mujeres y, en lugar de buscar la aprobación, lo hizo como si fuera algo tan natural como el respirar.

Para John era algo muy especial, estaba orgulloso de su amigo, el cual pese a su tristeza no dejaba de ser un hombre que estaba comportándose tan bien como en el pasado, lo que le indicaba que en pocos días podría mejorar.

—Gracias Carolina —dijo lord Miller recibiendo su trozo de pastel—, mi hijo estaba muy preocupado por el estado de salud de James, pero ha sido venido y mejorar notablemente.

—No es necesario lord Miller —dijo ella—, en serio. Lo he hecho con mucho gusto, cualquier en mi situación hubiera hecho lo mismo. Además, pienso que en un momento así, lo mejor es mantener la calma y permanecer unidos. James necesitaba saber que estaba acompañado, que la vida no le había arrojado al Támesis sin salvavidas.

Tras decir aquellas palabras, se sentó de nuevo y comenzó a saborear el pastel cuya receta le enseñó lady Thompson cuando estuvo en su casa, pero a los Miller y a Hunter le encantaron, pues la mantequilla y el azúcar hacían una combinación maravillosa.

—Excelente lady Smith —dijo lord Miller con una amplia sonrisa—. ¿Podéis darme la receta para mi esposa? A ella le gusta cocinar, pero no tiene buena mano para los postres y se desespera.

—Por supuesto, se la daré con mucho gusto —respondió con tranquilidad, viendo orgullosa a través del cristal limpio de la ventana, que los niños se entretenían quitando del jardín las malas hierbas—. Los niños se están divirtiendo.

—Mejor aquí que en una mina o robando para comer.

—¿Qué quieres decir? —preguntó John al oír aquellas palabras tan ciertas que había pronunciado James.

—Lo que he dicho. Son niños buenos que a nadie hacen daño, aunque muchos son tan pobres que no tiene ni un techo sobre sus cabezas —respondió James tomando un nuevo trozo de pastel—. La casa es muy grande y estoy solo. No digo que ellos lo hagan todo, pero pueden ayudarme mucho y además estarán fuera de las calles, no hacen daño, pero tampoco aprenden nada.

Carolina decidió tras escuchar aquellas palabras, que prepararía otro pastel y un poco de chocolate para los pequeños, aunque luego tendría que volver a casa por si le eran entregados los vestidos y demás prendas del Salón de Modas de lady Wilkes, aunque prefería no decirlo, pues no deseaba volver, sabía que allí no le esperaba nada bueno.

Dejó escapar un profundo suspiro y respiró despacio intentando no pensar en su casa, la ropa regalo de lady Thompson era un motivo más que suficiente para sonreír, pero no podía apartar de su mente el rostro de sus

padres.

14

El día les fue cómodo a todos, aunque ni James ni Carolina se sinceraron entre ellos por miedo a que la amistad que existía se hiciera añicos sin que nadie pudiera arreglarla luego, de modo que se decidieron por callar y esperar a ver que sucedía.

—Lady Smith, ¿os apetece que os lleve a algún lugar determinado? —preguntó lord Miller, una vez recogió ella la cocina y ellos acabaron con la limpieza de la planta baja.

—Bueno, me gustaría ir al Salón de Modas de la señora Wilkes —respondió pensativa—, querría saber si mis vestidos se encontrarán para el fin de semana, aunque lo mejor es que vaya a casa o me ganaré una buena —dijo suspirando con tristeza.

—Pues os llevo al Salón de lady Wilkes y luego a vuestra casa, ya sabrá yo que decir a vuestros padres —anunció lord Miller con una amplia sonrisa—. ¿Vendréis otro día?

—Por supuesto que sí —respondió ella pensando en lo bien que se lo había pasado en esas horas, donde nadie la trató de manera autoritaria o exigente, lo hizo delante, con confianza y buen trato: de igual a igual.

Aunque el hecho de que la llevara James a la habitación de su madre, le invitara a leer la carta y se sincerara con ella en cuestión familiar, le decía que su presencia le fue mucho más importante de lo que creyó en un primer momento, por lo que regresar, también lo era.

Se preparó para marchar una vez terminó todo de recogerse aunque prometió que volvería.

—De verdad, vais a volver. ¿En serio? —preguntó James sin creer las palabras de la joven, pues suponía que tal vez no volvería, debido a que la sociedad no la dejaría— Vuestra reputación, vuestro honor y vuestros padres no os dejarán, pero gracias por el día de hoy, en realidad hay algo más que la verdad.

Carolina se encontraba en pie frente al coche de caballos de lord Miller, con la puerta en la mano y el pie en el primer peldaño de la escalera para entrar en el vehículo cuando escuchó las palabras de James. Quedó quieta, en silencio, con la intención de dar una respuesta, aunque eso le costó más trabajo de lo que en un primer momento llegó a creer.

Pero nadie dijo nada, esperaron con paciencia a lo que Carolina fuera a responder o hacer, mas la joven solo quedó allí, en medio de un bosque que impedía ver la luz.

Hasta que un pequeño arce se derrumbó y ella se dio la vuelta con una sonrisa de oreja a oreja y una mirada llena de amor y honestidad.

—Lo que los demás digan o no, es algo que no me importa. He sido feliz en estas horas, me he sentido bien conmigo y con el mundo, no veo ninguna necesidad de cerrar esa puerta.

Se dio la vuelta y subió al coche de caballos segura de que regresaría a esa casa muy pronto, bien sola o en la compañía de John o lord Miller, quienes sin decir una palabra, asintieron en forma afirmativa.

—Si os parece bien, os puedo ir a buscar —dijo John intentando no

parecer demasiado atrevido.

—Os lo agradecería, pero es mejor que no, mi reputación...

—No deseo parecer desagradable lady Smith, pero vuestra reputación ya está manchada —interrumpió lord Miller dispuesto a dar una explicación y una solución para tal situación—, aunque si os parece bien, puedo ayudaros. De hecho, os servirá de ayuda pues es seguro que lord Jones no querrá casarse con una mujer que no es virgen.

Carolina palideció en ese momento al oír aquellas palabras. Ella no había dejado de ser virgen, ni conocía como se hacía el amor. Mary muchas veces quiso contarle sus posturas secretas pero Carolina nunca quiso oír lo que respecto a ello fuera a decir. Pero tampoco quiso interrumpir a lord Miller, al fin y al cabo, aún no había terminado de hablar.

—Sé que sois virgen, conozco a James Hunter desde que tenía 4 o 5 años. Le conozco muy bien y nunca os va a forzar, como vos no vais a hacer nada deshonroso, pero eso a la sociedad no le interesa y creo que a vuestra familia tampoco. Ellos quieren un matrimonio fácil, pero no creo que todo esté perdido. Vos no queréis pensar en cosas así, pero no lo hagáis. Dejad que el tiempo pase, que hablen. La boda tendría que ser entonces con James y, Carolina, tus padres no querrán.

Carolina se relajó. Aún pálida comenzó a sentirse mejor, más serena y con una camino no muy verde, pero sí claro, lo que le ayudó a ver más cosas.

—Gracias lord Miller —dijo con algo de nerviosismo—, pero tengo una duda. ¿Cómo sabéis vos tanto?

—Bueno, tengo muchos amigos cuyas hijas están en edad de casarse. Suelen decirme de la suerte que tengo de no tener una hija, aunque nunca creerán que me ayudan tanto con su larga lista de quejas.

Los tres se taparon la boca mientras reían después de aquellas palabras tan divertidas, al mismo tiempo que tan interesantes, pues eso explicaba no

solo el asunto de como tratarla, también la tranquilidad respecto al modo en el que tomaba el tema de lord Jones.

—Pero hay que tener en cuenta que su amiga es primo de lord Jones. Lo sabéis ¿verdad? —preguntó John mirando a Carolina, quien asintió— Creo que este fin de semana podré sacar información.

—No, ella no va, no se podrá sacar nada.

—En ese caso, necesito un voto de confianza —replicó serio.

—Lo tenéis lord Miller —dijo con una amplia sonrisa mientras el coche de caballos se detenía frente al Salón de Modas—. Os agradezco que me hayáis traído.

—Un placer lady Smith —dijo lord Miller—. Os esperaremos, no os preocupéis por la señora Wilkes, ella nos conoce.

Carolina sonrió levemente con un gesto afirmativo y bajó del coche de caballos con al ayuda del cochero de los Miller, el cual permaneció a continuación junto a la puerta del vehículo pro si era necesaria su ayuda con los paquetes, algo que sí necesitó, pues la señora Wilkes ya lo tenía todo, aunque dudaba de si enviarlo, o en su lugar, dar el aviso y que ella acudiera.

—Muchas gracias —dijo Carolina con las mejillas sonrojada—, prefiero llevar yo ahora que puedo, no iba a venir, pero me hicieron un ofrecimiento muy grato.

—No me extraña, los Miller son muy buenas personas, les conozco de toda la vida; somos familia.

—¿Familia? —preguntó intrigada Carolina intentando adivinar cual podía ser esa parentesco que a ella se le escapaba.

—Sí —Afirmó de inmediato la modista— lord Miller padres es mi hermano, pero yo tengo el apellido de mi difunto esposo, lord Arthur Wilkes. Era un buen hombre, un excelente soldado y un héroe que dio la vida por su país.

Carolina escuchó las palabras de la señora Wilkes segura de que era una mujer cuyo recuerdo del marido muerto no le llevaba ni un mal recuerdo ni una sensación desagradable. De hecho, le veía hablar mientras preparaba los paquetes con al sensación de que estaba orgullosa.

—No creas —dijo en un tono más bajo para que únicamente ella la escuchara— que yo no lamento su muerte, todo lo contrario, me duele cada día más, pero estoy orgullosa de mi marido y no importa que estuviéramos mucho o poco tiempo juntos, lo importante es la calidad del tiempo. Nunca olvides ese detalle.

—Gracias señora Wilkes —murmuró Carolina sonriente, comprendiendo lo que aquella mujer estaba diciendo y dispuesta a disfrutar todo lo que pudiera con aquella compañía que no deseaba fuera breve, pues por algún razón, las horas pasadas en la mansión de lord Hunter le parecieron las mejores de toda su vida—, de veras que gracias.

La señora Wilkes terminó los paquetes y añadió unos guantes blancos cortos que la joven agradeció con una amplia sonrisa y una mirada alegre.

—Por cierto, lord Jones está muy próximo, ha habido un arreglo entre tus padres y él, pero también te puedo decir que hay uno entre los Thompson y tu abuela, así que no pierdas la esperanza.

Carolina quedó fija en la señora Wilkes sin comprender que quería decir con un arreglo, pero más aún ¿entre los Thompson y su abuela?

—Confía en el futuro, no te rindas.

La joven sonrió feliz al oír aquellas últimas palabras. No sabía el por qué, pero se sentía bien y había una potente luz brillante que se le acercaba cada vez más.

Carolina llegó ya avanzada la tarde a su casa, donde sus padres la recibieron serios, molestos, en presencia de Mary y del marido de esta, el cual se encontraba en el sillón fumando, junto a una mesa donde una lámpara, un cenicero y un libro se encontraban en la superficie.

—Déjela lord Smith —dijo sin inmutarse, como si aquello no fuera con él, pero aun así, tenía que dar su opinión—. Mañana será otro día y podremos hacer todo lo que tenemos que hacer ahora que yo estoy aquí. No se preocupe, el domingo ya está aquí y como sabe, a él no le importa lo que ella haga antes.

Los Smith se miraron uno al otro y dejaron que se fuera sin que nadie le dijera nada. De hecho, ni preguntaron por lo que esos paquetes tenían en su interior, por muy numerosos que fueron y el tamaño, en algunos, considerable.

Carolina dejó escapar un profundo suspiro de alivio y se dedicó a informar donde iban los paquetes, pues ya aquello la hacía sentir

suficientemente mal, pero las palabras de lord Miller resonaban con más fuerza que las de lord Black en su cabeza.

—Arriba, la primera puerta a la derecha.

El cochero no tardó en dar todos los viajes que necesitó y que no fueron pocos, pero lo hizo con agrado, conocedor de que una vez lo hiciera, volvería a la mansión Miller y descansaría toda la jornada contigua, siempre lo hacía el día antes de un viaje, y el fin de semana tenía pinta de ser bastante entretenido.

Carolina también lo veía así, pero asomada a la ventana, pudo ver que el cochero saludaba rápidamente con un abrazo incluido al cochero de sus padres. Les vio estrecharse la mano, sonreír, hablar... Eso le hizo recordar que antes, Mary la saludaba así, pero ya no.

Ya el pasado era pasado, así de sencillo, pero el recuerdo estaba ahí, presente. Y el miedo a que sucedería el domingo la empezó a recomer el estómago, pero como estaban los Thompson, sospechaba que, quizás, todo se solucionaría, pues ellos fueron los únicos que la informaron de lo ocurrido con lord Jones y el hecho de que Mary fuera su prima y quisiera ser su esposa.

—Me alegra saber que no estoy sola en esto, pero ojalá que mi abuela estuviera aquí...

Quedó observando la escena de los cocheros hasta que les vio alejarse y ella dirigió sus pasos a los paquetes, que fuer uno por uno abierto y colocado por ella misma en su sitio correspondiente, con sumo agrado intentando averiguar que se llevaría el fin de semana, pues también era necesario saber si nevaría o no, aunque era seguro que la capa que recuperó de lord Hunter la llevaría.

Escogiendo esas cosas, comprendió que su idea de la vida era muy diferente a la de sus padres, tanto que sentía que no había forma humana de

poder escoger aquella relación y que volviera a ser la de cuando niña.

Sentada en la cama, con los guantes blancos regalados entre las manos y la mirada perdida, comprendió que no había forma de vivir la vida que quería sin desobedecer a sus padres, quienes en lugar de preguntar, obedecieron a lord Black.

¿Qué iba a pasar el domingo? ¿Acaso no podría ir a casa de los Thompson? Rompió a llorar de impotencia en silencio sin saber que decisión tomar, ni poder alegrarse por los regalos.

De pronto, sin que ella supiera cómo, ni cuándo, ni por qué, la doncella se presentó en la habitación firme, decidida, con un montón de preguntas por hacer y mil y un comentarios que no hicieron otra cosa que hacerla sentir mal, al enumerar las muchas cosas que sus padres hicieron por ella y todo cuanto le dieron, sin pedir a cambio nada más que una cosa: casarse con la persona que ellos escogieran.

—Pero tú... Deja de llorar y dedícate a hacer cuanto ellos te digan.

—Se supone que debes ser mi amiga y apoyar mis decisiones.

—Siempre que no estés equivocada Carolina, y te aseguro que ahora lo estás.

Carolina dejó escapar un profundo suspiro. Algo le decía que no era ella la equivocada en aquel asunto.

Los Thompson, los Miller y la señora Wilkes se unieron en un intento secreto que la hacía muy feliz, pues pese al intento de sus padres, de su doncella e incluso de Mary, ella no tenía ninguna intención y la promesa de volver a ver a Hunter estaba ahí, era feliz, volvería.

—Y quítate esta basura —dijo de mala gana quitándole los guantes que aún no había estrenado.

—Eso no te pertenece —replicó ella recuperando de inmediato los guantes—. Es un regalo.

—¿Y qué necesidad tienes tu de cosas regaladas? Y menos guantes —replicó extrañada la doncella ya en un tono de voz más sumiso, concedora de que de mala manera no iba a conseguir nada de ella.

—No es eso, me lo han regalado porque han querido y aún no los he usado y no serás tú quien me lo impida...

—¡Calla! Pertenece a la alta sociedad, no tienes que tratar con gente así, a saber quién te los ha dado.

—En mi vida mando yo, a ver si te enteras de una vez.

Carolina recalcó cada palabra de manera firme, segura. No iba a perder aquellos guantes ni aquellas prendas. Habían sido un regalo que quisieron darle sin pedir nada a cambio, solo dando apoyo y el hombro que ella necesitaba para no dejarse vencer por la presión.

Pero la doncella estaba en contra, dejó escapar un profundo suspiro. Juntó sus manos temblorosas, heladas cual muerta en vida. Su deber era servir a Carolina, ayudarla en todo, ser su consejera, su confidente. Eran casi de la misma edad, pero una podría crear una familia y la otra no. temió, por un instante, que la ida le fuera consumida en aquella casa cuando sus sueños de niña quedaron rotos hacia ya tanto tiempo.

Y aunque desconocía el motivo, empezaba a pensar que Carolina no se equivocaba, pro mucho que sus padres insistieran.

—¿Sucedo algo? —preguntó Carolina ya más calmada, al ver que su doncella palidecía por momentos delante de ella.

La doncella se sinceró con Carolina y contó todo lo que había sucedido en la casa, así como la llegada de lord Jones el domingo y la decisión de lord Black de intervenir para que ella se casara con lord Jones y así alejar a su esposa de su primo y de la fortuna de este.

—¿Lo comprendes ahora? —preguntó a su doncella arrodillándose delante de ella— No todo es casarse. Mira a Mary. Finge ser feliz, pero no lo

es. Prefiere al marido mientras más lejos mejor y estar con su primo. Mira lo que ha sucedido con los Hunter. Leí la carta que lady Hunter le escribió a su hijo y el por qué se suicidó. Nos hacen creer que los hombres son nuestros dueños pero no he visto a nadie comportarse cristianamente con lord Hunter.

—¿Cómo se encuentra? —interpeló la doncella observando a Carolina— Porque has estado con él ¿verdad?

—Le he visto, he estado con él, he ayudado en su casa y hemos hablado, pero ni yo he hecho nada indecente ni él lo ha intentado conmigo —respondió Carolina sentándose junto a su doncella—. Está bien, la visita de su primo ya pasó, ha regresado a Escocia, pero aún le quedan los Miller y ha acogido a unos niños pobres para que tengan un techo, ropa y comida.

—Eso es muy interesante, no lo sabía... —Calló intentando no llorar arrepentida por sus modales hacia un hombre tan bueno como ese.

—Lo ha decidido hoy. Venga, ayúdame.

Las dos comenzaron a recoger todos los paquetes, cada una con sus propios pensamientos, cada una con sus dudas y sus miedos, con sus temores, ilusiones rotas y sueños. La doncella se arrepentía de sus decisiones, sentía que había fallado a Carolina pese a lo mucho que ella la quiso siempre, pero a la hora de la verdad no pudo devolver ese cariño. Pudo, mas no lo hizo.

—Lo siento mucho, de veras que lo siento —dijo Carolina llorando con una capa verde entre las manos.

—No hay de que preocuparse, aún no estoy casada y sé que los Thompson no permitirán esa boda, estoy segura. Además, envié una carta a mi abuela, ella me ayudará.

—Pero está en América y lord Jones llega el viernes a la ciudad —balbuceó la doncella—. No sé cómo evitarás la boda, pero no creo que puedas.

Aquellas palabras dejaron a Carolina muy afectada, había vivido las

mejores horas de su vida, pero parecía que se evaporaban para desaparecer en el recuerdo y su camino se presentaba tan negro... Quiso volver a pensar en las palabras de los Miller, pero por momentos, esas también empezaban a desaparecer.

16

Los días hasta el viernes fueron tan lentos, sin luz pese al sol tan agradable que hubo y fríos, muy fríos, que parecieron semanas en lugar de un par. Carolina casi no salió de su habitación, aunque la vigilancia impuesta por su padre fue retirada en el mismo momento en el cual lord Black salió de la vivienda llevándose a su esposa con él.

—¿No te parece cabalgar? —preguntó al doncella ya el jueves en la tarde— Sé que se acercan días difíciles pero algo podremos hacer, no puedes rendirte ahora.

Carolina no dijo nada. Permaneció en silencio, inmóvil en el diván de su habitación, sin más esperanza en el futuro que una llegada rápida por parte de aquella a la cual había escrito, pero incluso esa esperanza comenzó a desaparecer a medida que el día llegaba a su fin.

—Hay un niño casi siempre en la puerta de servicio preguntando por ti.

La doncella supuso que aquello quizás la haría reaccionar, pero no consiguió nada. La joven no se inmutó. Tenía la mirada perdida y dejaba escapar de vez en cuando un suspiro que incluso a ella, que la escuchaba, le rasgaba el alma, prefería no pensar en lo que le dolía a Carolina. Mas

tampoco quería dejarla sola, creyó que lo mínimo era permanecer a su lado, podía ser que parte de la culpa fuera suya.

Aun así, en miedo de aquello, Carolina tenía un inmenso amor por el joven lord Hunter. Desconocía como era posible, pero sentía que el corazón le preguntaba con desesperación por él, le preguntaba y le importaba lo que hacía y lo que sentía, aunque no confiaba en encontrar fuerzas para ir.

De cualquier manera, no quería que nadie supiera lo que sentía, no quería que creyeran que era un capricho o una excusa para no ser comprometida con lord Jones, pero ahora que estaba a punto de perderle, comprendió que no era un capricho, era un sentimiento real. Pero ¿qué sentiría él?

—Por favor, Carolina —Rogó la doncella desesperada, sin saber ya que decir o hacer.

La joven no se inmutó de nuevo. En su mente, la visión de la mansión Hunter cerrada, oscura, callada, inmóvil la atormentaba. ¿Acaso no se daban cuenta de lo que conllevaba un matrimonio por conveniencia? Parecía que no, la preocupación era el dinero, la fortuna, la posición social... Pero ¿qué pasaba con los hijos? ¿Para qué el dinero? Lady Hunter se suicidó y, sin embargo, ¿qué se llevó? Nada, a excepción del cariño de su hijo.

¿Qué pasaría con lord Hunter? Rico, atractivo, simpático, respetuoso y solo en el mundo. Su primo se marchó, sus tíos también... ¿Ese era el destino de sus hijos? Mejor dicho, de los hijos de lord Jones, quien deseoso de tener hijos causó la muerte de su esposa y buscaba quien la sustituyera.

—Escucha lo que te voy a decir —Pidió la doncella sentándose en el suelo junto al diván donde Carolina se encontraba tumbada—. Cuando llegó lord Black estuvo muy firme con tu padre. Sabe que si tu no te casa con lord Jones, su esposa irá a por él y no quiere que ningún hombre toque a su amada. Además, no quiere que tengas trato ni con los Thompson ni con

Hunter y creo que es por algo, pero no hay modo de saber. Debes hablar con los Thompson, sacarles información. Tal vez de ese modo te liberes de la boda.

La doncella habló con la mirada puesta en un dibujo de la alfombra incapaz de ser sincera si la miraba a la cara, pero eso le impidió ser testigo de como Carolina se sentaba y la observaba perpleja, aunque también con un ápice de esperanza, pues si ella le era sincera, era algo muy interesante.

—En ese caso, mañana hablaré con los Thompson, les pondré al corriente y esperaré a ver que dicen.

Las palabras de Carolina impresionaron a la doncella, quien incapaz de imaginar lo que ella pensaba, quiso pensar por sí misma que los Thompson eran amigos de la abuela de Carolina y le prometieron a ella que cuidarían a la pequeña, y por esto tenían tal interés en ella.

Le pareció algo tierno, algo grato y muy inteligente si era capaz de hacer bien las cosas. Quizás eso ayudara a comprender el por qué no soportaban a los Thompson, aunque lord Hunter... ¿dónde encajaba?

Acabó por mirar a Carolina queriendo preguntar, pero desconocía como hacerlo, de modo que se mantuvo en silencio.

—Eso creo que es lo mejor, aunque supongo que el interés de los Thompson será por una amistad, mas desconozco que tiene que ver James Hunter.

—Carolina, lord Hunter representa las consecuencias de un matrimonio por conveniencia.

—Sí, supongo que sí.

Carolina volvió a tumbarse en el diván con la mirada perdida y una sonrisa grata que a los padres no le haría gracia, pues estaba dedicaba a la tarde que sería no la última en esa casa libre, al contrario, sería la última con dudas y preocupaciones, pues ni los Thompson, ni lord Hunter, ni la señora

Wilkes ni los Miller le deseaban ningún mal y casarse, sería un mal mayor.

—Me alegra saber que estás mejor.

—Sí, lo estoy, pero he de pedir dos cosas: no el digas nada a mis padres y decide a quién ayudarás, no se puede servir a dos señores al mismo tiempo.

La doncella sonrió feliz. Había tomado una decisión hacia ya mucho rato, pues al final no le quedaban dudas de que la vida era un realidad una toma de decisiones continuas que no siempre eran acertadas, pero siempre se podía llegar a retomar el camino correcto si se creía. Ciertamente que no siempre era fácil, más siempre era hermoso.

Aunque al ver a Carolina descansando, la doncella quedó tranquila con la idea de que la joven encontraría consuelo si los demás la seguían apoyando, algo con lo que ya contada desde hacía mucho, desde el principio.

Se puso en pie para comenzar a realizar sus tareas.

—Carolina ¿irá lord Hunter? —preguntó dirigiendo sus pasos al armario que abrió para preparar la ropa.

—Toma únicamente la ropa que los Thompson me compraron —dijo Carolina con rapidez—. Respecto a tu pregunta, los Miller le obligarán quiera él o no.

—Pues me alegro.

La doncella no tardó en comenzar a recoger dispuesta a que su amiga estuviera lo mejor posible, desconociendo que aquel por quien había preguntado, únicamente deseaba verla y pasaba las tardes escribiendo las cartas que nunca enviaba y que en su mayoría quemaba en el fuego de la chimenea de la habitación de su madre donde pasaba las horas escuchando el silencio con la esperanza de que nadie criticara ni las acciones de su madre ni las suyas propias.

No había forma de que olvidara a Carolina. Una sonrisa desde el fondo del corazón salía en cuanto pensaba en ella, deseaba estar a su lado, ver sus

cabellos, sus ojos, sus manos, su rostro, sus labios. Se sentía muy bien cuando estaba junto a ella y sentía que le faltaba algo cuando estaba así ella.

De eso no hablaba con su amigo John, pero cuando él estuvo insistiendo para que acudiera a la invitación de los Thompson, le dejó hablar con calma, sin necesidad alguna de ser convencido. Iba a ir sí o sí.

—Te quiero, eres más que mi amigo, mi hermano. Por favor, habla —dijo John serio en el despacho de lord Hunter, sentado en un sillón cerca de la estantería de libros repleta junto a una ventana, frente al sofá donde James era testigo del milagro de la vida diaria, al salir el sol cada día y la luna cada noche.

—Tu solo lo has dicho todo y lo has arreglado, poco puedo decir yo, a excepción de que nunca se puede predecir lo que otra persona hará o dirá —respondió sincero con la pierna derecha sobre la izquierda y la mano derecha en la rodilla. La mano izquierda la tenía ocupada con la medalla de su madre recién encontrada.

—Tal vez tengas razón, pero tú irás ¿verdad? Pues si tu vas y ella va y es, como es, en el hogar de los Thompson, no veo inconveniente en que mi plan se lleve a cabo.

James guardó silencio, consciente de que tal vez, la verdad de la que había oído su amigo, no era eral, por más que encajaran todas las piezas.

El camino hacia la mansión de los Thompson con las maletas y los bártulos para pasar el fin de semana en el campo resultó de lo más silenciosos para los Smith. Tampoco cambió una vez los Thompson subieron a su coche de caballos para que los Smith les siguieran.

Únicamente Carolina mostraba algo de interés por lo que atrás iba dejando. A la doncella le dio la impresión de que tal vez buscaba algo hermoso en lo que fijarse, pero enseguida se dio cuenta de que, en realidad, a quien buscaba era a lord Hunter.

—Tranquila, Carolina. Estará allí.

—No es eso lo que miro, al contrario, busco algo tan insignificante como un motivo para ir en silencio a un lugar que, seguro, es precioso.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó el padre de mala gana, deseando dar la vuelta, pero consciente de que su hija no iba a hacer lo que tanto ellos necesitaban.

—Padre, conozco a los Thompson, no son malas personas y gustan de cosas tan sencillas como pueden ser las flores, la lectura, el té o los pasteles —respondió ella con una dolorosa punzada en el pecho, conocedora de que no era capaz de explicar tales cosas a sus padres cuando en realidad ellos tenían un sendero no para ellos, para todos los que se les arrimaban y, sin por algún motivo no querían hablar o seguir les, desaparecían de su círculo social—. Estoy segura de que su casa de campo es una maravilla, pero veo con tristeza que el cielo se oscurece y todo hace presagiar que va a llover, lo que no me hace gracia.

—Yo lo prefiero, hasta el domingo no deberías salir —replicó su padre serio, con grandes muestras de preocupación, pues se flotaba las manos, tenía al mirada perdida, el semblante serio y no dejaba quitas las piernas.

Carolina guardó silencio resignaba al hecho de que sus padres no iban a comprender nada. Ellos entendían de cosas que a ella no le interesaban y ni se dedicaron a preguntarle el motivo de su encierro voluntario pese a tener permiso para cabalgar.

Había oído que su doncella descubrió a lord Hunter cabalgar a lomos de su corcel Invierno, pero ni eso la animó para que saliera, pues ya disfrutó de una jornada en la que fue tratada como uno más, en la que no les importó si se mojaba el vestido o se manchaba las manos, como tampoco que hablar con James o cocinera, volver a disfrutar de una más para pasar el resto de su vida bajo el jugo de lord Jones le era demasiado cruel; no podría soportarlo.

—En la casa de campo de los Thompson se podrá cabalgar, hecho de menos hacerlo...

Sus palabras resultaron vanas, en un tono bajo pero suficiente alto para que se pudiera escuchar, aunque lo hizo sin darse cuenta, ensimismada en sus pensamientos y sin ser capaz de ver otra cosa que un sendero que a cada paso que daba se iluminaba un poco más.

—Sin el permiso de tu prometido, olvídale.

—Madre, no estoy prometida.

—En cuanto lord Jones llegue, lo estarás.

Carolina sonrió en un tono burlón que hizo enfadar a su madre, aunque su padre la sujetó negando con la cabeza:

—Recuerda lo que dijo lord Black: paciencia. Cuando lord Jones llegue él se encargará.

La joven les escuchó con claridad, mas algo en su interior le decía que no temiera, que no iba pasar nada. Las intenciones de sus padres no se verían cumplidas, pues mucha gente estaba de su padre.

Aunque ver a su madre de aquel modo le dolía y mucho. Se suponía que ella debía saber que se sentía al casarse por conveniencia y lo desgraciados que iban a ser los hijos. Mas no, parecía que no había aprendido nada, al contrario.

—Lo que aún no sé el motivo de estar aquí.

—Querido, las relaciones sociales son tan importantes como el dinero, una cosa no puede subsistir una sin la otra en esta sociedad y los Thompson son muy influyentes tanto en el Parlamento como en el extranjero —replicó lady Smith con una sonrisa y una mirada más propias de la locura que de una mujer con conocimiento de causa.

—Es cierto querida, en cuanto el Domingo suceda lo que ha de suceder, nosotros estaremos por encima de ellos y entonces tendrán que callar.

Carolina agradeció oír todo aquello, así como la confianza que tenían, pues de se modo podrían hacer cuando supieran de esos acontecimientos.

—¿Te encuentras bien, Carolina? —preguntó la doncella interesada.

—Claro que sí —respondió ella con una sonrisa sincera mientras el lugar se abría ante ella y sus padres, con un sol aún alto pero fresco, con un montón de coches de caballos en todas las direcciones, con damas conocidas

y desconocidas, aunque los Thompson se les acercaron sin tardanza—, estaba pensando eso es todo. Debí de haber traído a Excalibur, debe de estar deseando volver a Hyde Park.

—No volverás a cabalgar, a lord Jones no le gusta que lo hagas y con los niños no tendrás tiempo. Irás en el coche como una familia hace. Hemos vendido el caballo, se necesita mucho dinero para una dote.

Carolina, pese a la triste noticia, no lloró. Dejó escapar un profundo suspiro y se juró a sí misma que iba a recuperarle, costara lo que costara, le recuperaría. Lord Hunter no iba a permitir que ella se quedara sin su caballo, él sabía lo importante que era el corcel, no la abandonaría como no abandonó a los niños.

—¿Qué sucede, Carolina? —preguntó lady Thompson abriendo la puerta del carruaje justo cuando ella suspiraba y palidecía—. Estás pálida.

—Nada importante, Stephanie, es solo que mis padres han creído oportuno liberarme del peso de mi corcel —respondió sin dar importancia a que hablar de aquel modo, era considerado una falta de respeto y de educación.

—Mi marido se ocupará de ello, no temas —habló lady Thompson agradecida por la confianza que la joven le demostraba—. ¿Verdad?

—Eso seguro —respondió lord Thompson ayudando a Carolina a bajar—. ¿Cómo se llama el corcel?

—Excalibur. Les quedo muy agradecida.

—No hay de qué.

Lady Thompson no tardó en llevarse a Carolina consigo al tiempo que unas cuantas criadas se acercaban a llevar el equipaje de Carolina y de su doncella, mientras lord Thompson se quedaba atrás serio con el sombrero en una mano y el otra el reloj de bolsillo donde veía la hora.

—Ya os dijimos que cuidarais de ella y que la protegierais —replicó

lord Thompson ayudando a lady Smith a bajar—. Pero está claro que cometimos un error con vosotros. Sabemos lo de lord Jones y no vamos a permitir esa boda de ninguna manera.

—Tiene que casarse con él, lo sabe todo —anunció lord Smith en un susurro.

—Eso es problema vuestro, no de ella. Y no es ella quien ha de pagar vuestros errores.

—Pero estamos con las manos atadas.

—Repito, ese es vuestro problema, no el de ella. Y sabed que envié una carta a su abuela. Nosotros la enviamos a la dirección correcta.

—No es posible, mi madre está en América.

—De eso nada; está muy cerca y llegará aquí de un momento a otro. Pero sabed que piense lo que piense, Carolina lo sabrá todo.

—No se atreverá...

—¿Y para qué cree que es esta reunión? —preguntó lord Thompson son una sonrisa burlona— Mire bien a los invitados, todos tienen algo que ver, nadie es inmute a esto.

Lord Thompson sonrió, se colocó el sombrero y dirigió sus pasos a los demás invitados entre los que se encontraban la señora Wilkes y miembros del Parlamento que comenzaban a llegar en coches unos más llenos que otros, pues pese a que había un gran número de invitados, algunos iban solos, otros acompañados y un par de con sus hijos.

Incluso lord Miller llegó en compañía de su esposa e hijo y con un invitado que era lord Hunter, el cual se negó a ir solo, pero que fue rápidamente atendido por el propio lord Thompson.

—Vos os alojaréis en la casa principal con lady Smith.

—De acuerdo, acepto encantado.

—Por de pronto, pasad al salón, mi mayordomo os acompañará.

El muchacho siguió al mayordomo y quedó en el salón solo, frente a una gran mesa de aperitivos y refrescos cuyo aspecto le era muy grato, acompañado de un agradable aroma que hacía de aquello algo muy difícil de resistir, pero que él no tocó por respeto al matrimonio y por cortesía hacia aquella invitación.

Desde la ventana veía que lady Smith era acompañada por lady Thompson mientras los Smith dirigían sus pasos hacia uno de los caminos que llevaba a la casa de invitados número 7, la única que disponía en su interior de una habitación nada más. El resto iba de 2 a 5.

—Me hace feliz que nos alojemos aquí los dos —susurró para sí mismo—, es tan agradable y hermosa... Me pregunto cómo pudo John pensar que aquel día en Hyde Park yo miraba a la otra chica. Yo seré sordo de un oído, pero él es ciego de los dos ojos.

Carolina entró acompañada por lady Thompson en la vivienda, encontrando en el salón a James.

—Lord Hunter, me alegra veros aquí, os vendrá bien para la salud —dijo lady Smith sonriente, pese a la tristeza que en su interior habitaba.

—Gracias lady Smith, también yo me alegro de veros —habló James acercándose a ella dispuesto a saludarla como mandaban los cánones, aunque al ver que detrás de ella aparecía lady Thompson, aparto la mano con la cual iba a tomar la de Carolina y se limitó a una reverencia.

—No te cortes James, podéis hablar con confianza entre vosotros, ni mi esposo ni yo os lo impediremos—explicó lady Thompson al tiempo que su doncella se acercaba—. Di a la cocinera que los Miller, lord Hunter, lady Smith y la señora Wilkes tomarán un refrigerio aquí.

—Enseguida.

Carolina quedó tranquila, pues no tenía la menor intención de permanecer junto a sus padres mucho tiempo, menos aún después de saber el destino de su corcel, aunque eso le confirmaba lo que ya sabía: casarse con lord Jones no era ningún cuento de hadas por lo que al menos, durante unas horas, prefería la soledad o la compañía de una persona que no deseara su mal.

—Podéis sentaros todos, enseguida traerán el refrigerio —dijo lady Thompson—. Y no te preocupes por el corcel, mi marido ya está investigando sobre su paradero.

—¿Tu corcel? —preguntó James extrañado— ¿El negro con una raya blanca en la cabeza? —Carolina asintió triste, aunque esperanzada— ¿Qué le ha sucedido?

Lady Thompson lo contó todo con seriedad. No era un detalle nimio ni insignificante, se trataba de un acto que obedecía a un plan que nadie aplaudía.

—Iré a hablar con su esposo —dijo John Miller poniéndose en pie, pues se encontraba en el sillón junto a una mesa pequeña donde apilados tres libros esperaban a ser leídos.

—En el exterior se encuentro hablando con los Smith —anunció lady Thompson.

John hizo un gesto afirmativo con la cabeza y salió sin mas, al tiempo que lady Thompson invitaba a Carolina a sentarse, cosa que hizo sin mucho problema, pues James la acomodó en el sofá con cojines mullidos, e incluso, encendió la chimenea por la baja temperatura del día.

También la señora Wilkes se personó en el lugar con una amplia sonrisa, arropada en un chal de lana.

—Me alegra volver a verte, Carolina —dijo caminando hacia ella—. El vestido te sienta de maravilla.

—Lo mismo digo yo, un placer verla de nuevo —anunció lady Smith—. El vestido me encanta es precioso y muy cómodo...

—El refrigerio.

Las doncellas entraron en el salón con las bandejas de aperitivos y unas bebidas, que se colocaron en la mesa principal al tiempo que los presentes se acercaban, menos Carolina, a la cual todo observaron sin comprender el

motivo por el que quedaba así.

—¿Qué sucede? —preguntó lord Hunter regresando a su lado— No te preocupes, mi corcel Invierno está a tu disposición siempre que lo desees, hasta que John vuelva con Excalibur. Verás como sí.

—Gracias, sé que lo recuperaré, algo en mi interior dice que todo estará bien, pero hay algo a lo que me es necesario dar una respuesta —respondió ella de pie con la mirada puesta en James.

—Dime que es y haré cuanto me sea posible para dar una respuesta —dijo él observándola con cariño—. Soy todo oídos.

Carolina dudó un instante. Las personas que se encontraban en aquella habitación eran buenas con ella: cariñosas, afectuosas, no tenían un mal pensamiento ni una mala palabra. La trataban tan bien que se sentía la mujer más dichosa de Londres, por lo que preguntar por ello le parecía una total descortesía.

—¿Por qué sois todos tan amables conmigo? —formuló brevemente, recibiendo a cambio una caricia agradable con el dorso de la mano de parte de James, y unas sonrisas agradables de parte de los demás.

—¿Se lo dice alguien ya, o en cambio esperamos? —Quiso saber la señora Wilkes, intrigada por ayudar a la joven.

—Se lo diré yo, al fin y al cabo, es mi responsabilidad —respondió lady Thompson dirigiendo sus pasos a Carolina—. Quedaos, ya que todos tenéis algo que ver. También tú te debes quedar James, mereces saber la verdad.

La joven Carolina quedó en silencio ante aquella situación. Volvió a ocupar un asiento en el sofá y esperó pacientemente a que lady Thompson se sentara a su lado y comenzara a hablar.

—Bueno, eso no es fácil, pero voy a ir directa al grano para de ese modo poder hablar, pues es bastante complicado.

Stephanie Thompson no se sintió capaz de hablar al ver la mirada de

Carolina tan seria pero intrigada, pues las palabras de aquella mujer que tanto bien le hacía, le estaban complicando mucho las cosas, sobre todo después de mostrarle un mundo tan maravilloso que cada vez que lo tenía a su alcance, desaparecía o se alejaba.

Por un momento estuvo tentada de pedirle que no hablara, sentía que lo que vivía llegaba a su fin, que nada tenía razón ni sentido.

Caía en un pozo y únicamente dos cuerdas la podían ayudar: una era el pasado y otra el futuro.

El pasado la dejaba quieta, con un futuro oscuro y ella siendo una marioneta. El futuro la cambiaba de lugar, con un futuro oscuro y ella siendo una marioneta.

La diferencia residía en que quieta, nunca dominaría su vida, pero si se movía, la cosa podía cambiar, por lo que se decidió a lo segundo; dejar que hablara y actuar en consecuencia de ello, por mucho que le costara asimilar aquello.

Lady Thompson habló con las manos cruzadas acariciando su anillo de bodas y con la mirada puesta en el diamante que la coronaba, ante las miradas de los presentes, así como las lágrimas que en silencio y en cascada caían por las mejillas de James al ver que Carolina padecía pero no podía ayudarla y únicamente deseaba abrazar a Carolina y llevarla lejos, muy lejos, de todo cuando existía en el mundo.

Aunque era necesario que escuchara, pues para poder huir, antes, debía existir un motivo para ellos, y por lo que oía, no existía uno, eran muchos los motivos.

—La historia comienza antes de tu nacimiento, en concreto hace 22 años. Me quedé embarazada antes de la boda y él me abandonó diciendo que el hijo no era suyo. Me hundí, pero tres meses después, lord Thompson se ofreció a protegerme. Para no dañar la reputación del bebé, cuando nació lo

di en adopción. Fue una niña a la que llamé Carolina. Pero Robert siempre ha permitido que supe que fue del bebé y como vivía. Los Smith te criaron pero con la condición de que fueras feliz. También la señora Wilkes, la hermana de lord Miller ayudó a saber que era de ti y a dar información que mediante los Smith no nos llegaban. Las circunstancias lo han complicado todo y eso es algo con lo que no contábamos. Por suerte podemos evitar esa boda que nadie quiere. No tienes porque casarte con lord Jones, esa boda únicamente servirá para que el secreto no salga a la luz, ya que él sabe la verdad. Pero lo vamos a decir y por eso hemos preparado este fin de semana, para dar a conocer la verdad.

Carolina no se inmutó. Su mundo se derrumbó a su alrededor, nadie era quien decía ser, nada era como debía y el camino se encontraba bloqueado por ramas, troncos y piedras que poco menos que podría moverlas un forzado.

No culpaba a lady Thompson, comprendía la situación, era lo único en ese mundo de locos que tenía sentido, y no quería saber más nada.

Deseaba huir, borrar todo de su mente y comenzar de cero en una ciudad donde nadie la conociera, donde nadie descubriera nada y donde la vida le perteneciera a ella misma.

Mas en ese momento, James se acercó a ella aún más. La tomó de las manos y ayudó a ponerse en pie, para abrazarla con cariño y darle un beso en el rostro como señal de que se encontraba allí, que no le importaba quien era ella, pues al final era una joven merecedora de una amistad verdadera y de una boda digna.

Desconocía que podía decirle, era una chica con tanto por asumir...

—Ven conmigo —dijo en voz baja— vamos fuera, un poco de aire nos ayudará.

—James, antes de que os marchéis, yo me ocupo de Excalibur

—informó John Miller, quien, desde la puerta de la sala, fue testigo de todo cuanto había acontecido—. Si necesitáis ayuda, pedídmela. Sea lo que sea.

—Gracias John —dijo James con una leve sonrisa—. Vamos Carolina.

Carolina no dijo nada, asintió con la cabeza y se dejó llevar con un intenso dolor en el diafragma que el impedía respirar. Eran muchas las dudas, muchas las preguntas y demasiadas cosas por hacer después de esa noticia, pero sabía una cosa, una única: no estaba sola.

—Ponte esto, tienes frías las manos —dijo James tomando unos guantes de un bolsillo de su abrigo colgado en el hall. Se los puso a ella—. Vamos a caminar por el jardín de atrás, no da a ninguna casa de invitados, donde sí da es a un río algo alejado, te gustará. Conozco este lugar, aquí, bueno, un poco más al sur es donde está enterrada mi madre, en el pequeño camposanto que tienen los Thompson. Pero no se ve desde donde te llevo, así no te pones más triste. Además, hay donde sentarse. Si quieres hablar, hablemos, si prefieres callar, tu decides, no tengas prisa ni miedo.

Las palabras de James fueron un bálsamo para Carolina, quien en el jardín no dijo nada, permaneció en un banco sentada, reflexionando sobre todo lo ocurrido. Por momentos quería que James hablara, por momentos quería que la dejara sola, luego que no hablase, que no la dejara. Tenía miedo, mucho miedo. El tiempo se había vuelto algo tan difícil de tragar que sentía se ahogaría.

Sin embargo, James siguió allí, a su lado. Sentado en silencio, temiendo decir algo que la molestara e hiciera sentir que ni en él podía confiar, aunque si permanecía en silencio... La observaba de vez en cuando, mas lo mismo tenía color en el rostro que palidecía cual rosa blanca.

Él no podía imaginar como se sentía ella, pues quedó sin padres por circunstancias distintas y el resto de la familia directamente pasaba de él, pero aún tenía a John a su lado y también a Carolina por mucho que ella no le amara, pero esas horas juntos en al casa le fueron tan especiales que llevaban consuelo a su dolido corazón.

Pero no quería estar en silencio, cuando se sintió mal, el silencio le era

más doloroso que las voces estridentes de su padre cuando se molestaba y se dedicaba a gritar y golpear a su esposa, suponía que tal vez en eso, el sentimiento sería similar.

—Carolina, no sé si quieres que hable o no, pero si me lo puedes decir, hazlo, por favor.

Su voz sonó seria, casi apagada, pero también suave. Carolina no supo que decir, por lo que se mantuvo en silencio, aunque se encogió de hombros como respuesta.

—Lo tomaré como un sí —dijo sonriente—. Te hablaré de unos días que pasé con mi madre en una casita los dos solos. Era de unos parientes y fallecidos que se le dejaron a mi madre, ahora es mía, pero no sé si debo o no debo ir.

Mientras hablaba, Carolina comenzó a escucharle. Realmente le parecía un lugar idílico, con hermosos paisajes se mirara donde se mirara, con una casa preciosa y un estanque en el que podía pescar, con el verdor que se perdía en el horizonte, y la nieve que al caer, cubría todo de un blanco immaculado.

—Parece hermoso... —susurró ella sin mirarle, pero con el corazón ya más sereno— me gustaría ver un lugar así.

James sonrió al oírla. Continuó hablando del lugar, aunque no dijo como se llamaba, pues en realidad no era importante, lo que él le quería contar era que cualquier lugar era el mejor si se estaba en compañía de la persona amada o que fuera importante, como su madre lo era para él.

—Me pregunto si ha llegado la carta y qué dirá cuando sepa la verdad, se sentirá decepcionada —dijo en voz baja dejando escapar un suspiro que le desgarró el alma.

—¿Te refieres a tu abuela? —preguntó él— Creo que lo entenderá y no creo que se enfade o decepcione contigo, pues sea como sea, tú eres tú. Y ella

quería y respetaba a Carolina. Si lo hacía de corazón, la verdad no perjudicará ese cariño.

—Tengo miedo, quiero huir, escapar, desaparecer.

La voz de Carolina se quebró en ese momento y tapándose la cara con las manos, lloró desconsolada en aquel lugar con el atardecer de fondo y unas pequeñas gotas de lluvia comenzaron a caer, mas al ver que ella no había por protegerse, se mantuvo a su lado.

—Carolina, no llores —dijo rápidamente poniéndose en pie delante de ella—, vamos, por favor.

Se arrodilló delante de ella, colocó sus manos sobre las muñecas de ella y le habló con la máxima dulzura de la que fue capaz sin romper a llorar al ritmo de ella.

—Escúchame, si deseas huir, bien. Vámonos lejos, dejemos esto y cuando te sientas mejor, entonces te enfrentas al mundo si quieres hacerlo. Nadie te obliga a ello y nadie te obligará. Si lo deseas, puedes venir a la casa de mi madre, iremos los dos si quieres.

Carolina siguió llorando pero abrazada a James, quien le devolvió el abrazo acariciando también su espalda. La joven no se sentía capaz de decidir nada, pero aquella propuesta le era un tanto interesante.

—¿Por qué? —preguntó con la voz entrecortada, apartando a James.

—¿Por qué? —interrogó James a la joven sin comprender del todo lo que ella deseaba conocer.

—Sí, ¿por qué me quieres ayudar? ¿Por qué pasan las cosas que pasan? ¿Por qué tengo este dolor?

—Carolina, yo solo sé que estando contigo me siento bien, nada más. Y si ayudándote, te devuelvo algo del bienestar que tu me das, lo hago encantado.

James tomó del bolsillo de su chaqueta un pañuelo y limpió con cuidado

las lágrimas de Carolina, a la cual entregó a continuación uno limpio. Él no dejaba de sonreír. Le dolía ver que sufría, peor tener la oportunidad de darle el consuelo que había recibido cuando lo necesitó, le hacía feliz. Además, podía acogerla en un lugar donde nadie le diría ni haría nada, donde la paz le otorgaría la luz que necesitaba para ver el camino.

—¿Qué quieres a cambio? —preguntó Carolina, secándose las lágrimas que caían por sus mejillas.

—Te quiero a ti —respondió con sinceridad algo sonrojado.

Carolina le abrazó mientras la lluvia comenzaba a caer con más fuerza y ella decidió entrar, algo que hicieron juntos ante la atenta mirada de todos los invitados, que se habían reunido para cenar, y entre los cuales incluso se encontraba su abuela, aunque su rostro era muy diferente al que ella recordaba, pues no había dulzura ni amor alguno.

—Carolina, recibí tu carta, no me encontraba en América. Hija no apoyo la boda con lord Jones, de hecho he venido a impedirlo, pero con Hunter... Tengo un pretendiente para ti en Escocia que te irá estupendamente. Y perdone usted.

—Señora, no tiene porque disculparse, no soy gran cosa...

—¡No! —exclamó Carolina colocando su mano izquierda en el pecho de James al tiempo que le interrumpía— Un momento. Los Smith no son mis padres. Lady Thompson es mi madre, pero su esposo no es mi padre. Mi abuela, o quien yo creía, lo era, no apoya la boda con lord Jones pero ya tiene un pretendiente del cual yo no sé nada. Lo único que me une a James es una amistad y que me ha hecho un ofrecimiento que yo acepto y no me importa lo que opinéis de mí. Me da igual. ¡Basta! Soy una mujer, pero no un objeto.

—Las cosas...

—Carolina, ¿me permites? —preguntó James tomándole el rostro entre sus manos con cariño.

Carolina asintió con un movimiento afirmativo de cabeza, sabía lo que iba hacer y sabía, era el único modo posible para que les dejaran en paz a ambos.

Los dos se fundieron en un apasionado beso que heló los corazones de quienes les observaban, al tiempo que los suyos ardían de felicidad y paz.

NOTA DE LA AUTORA

Esta novela que tu, lector, has terminado de leer, pertenece a una serie de romances victorianos. Esa serie contará en todas sus entregas con lord James Hunter y lady Carolina Smith entre los personajes, pero a medida que avance, otros desaparecerán de la trama y otros serán incluidos. Aun así, mi intención es que no os perdáis y no haya demasiados personajes, de manera que, por uno que entre, otro saldrá. Pero ni lord Hunter ni lady Smith se verán perjudicados.

Y, si eres de lo que temen por la vida de los personajes a los que les terminas por coger cariño, te informo que los personajes que desaparezcan de la trama no lo harán por muerte, pueden desaparecer porque dejen de tener contacto con los personajes principales, eso suele pasar en la vida, no todo el que desaparece de nuestro día a día lo hace por muerte.

Un saludo y no dudes en ponerte en contacto conmigo por facebook o instagram si quieres conocer algo determinado o darme tu opinión.

